

COLECCIÓN DIAMANTE

AL SOL



NOVELA CANARIA

POR

ANGEL GUERRA

Antonio López, editor, Barcelona

SIN VALOR COMERCIAL

COLECCIÓN DIAMANTE

87

LIBRERÍA
- DE -
V. V. OITAVÉN
CALLE 43 ESQUINA 9
LA PLATA

ANGEL GUERRA

AL SOL

NOVELA CANARIA



BARCELONA

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, NÚM. 20

ES PROPIEDAD

Imprenta LA CAMPANA y LA ESQUELLA, Olmo, S.

AL SOL

I

Comenzaba la acequia, allá por las Ochorreras, en el hueco de unas peñas cubiertas de helechos, y corría el agua, después de pasar por un canalillo de madera sobre un puente rústico, á través de los campos caldeados, bordeando el camino polvoriento, encajonada en los macizos muros de lajas unidas, á cuyos bordes las calabaceras extendían sus largas ramas y las fiameras, erguidas en sus tallos, dejaban colgar sus hojas verdes, que sombreaban la mansa corriente, sin espumas, sin ruidos, fresca y cristalina.

Así corría el regato largo trecho, el agua al descubierto, al sol. Pasaba bajo el rama-

je sombrío de algunos olmos; tiraba á orillas de unas cuantas heredades, dejando humedad en las raíces de viejos limoneros y afiosos naranjos, con sus frutos de áureo color colgando maduros de las ramas; dábase el contador de la cuneta una sangría, y ese escaso chorro del manantial iba á caer con rítmico són, dentro de un estanque en cuya superficie verdeaba la lama espesa, y el grueso de agua continuaba su marcha á lo largo, adelante siempre, esquivo é indomable á las represas, donde se revolvía espumarajeante y clamoroso, con ruido melancólico de queja, con hervor lastimero de sollozo; y, vencido el obstáculo, seguía la corriente después con más brío, impaciente como caballo espoleado, para detenerse tranquila al pasar por los patios de las casas rústicas, quieta, serena, como enamorada de la sombra de un alto castaño, contenta del húmedo toldo de un roble, quizás de las albahacas y rosales que en los bordes de los muros, á entrambos lados, en los pobres tiestos se morían al dar al aire sus aromas, almas de flor; regocijada tal vez el

agua del rumor de la miés en los campos próximos, del olor á tierra removida en los predios barbechados, donde todavía estaban frescos el surco del arado y la cavadura de la esteva; sorbiendo el acre perfume del heno y del estiércol que venía de los cercanos establos, cuyas paredes también sombreaban las aguas, y donde las vacas, en las horas de calma, en los medio días de sol agresivamente africano, dormitaban tendidas en el suelo, perezosas, soñolientas, sujetas á la argolla del pesebre repleto de yerbajos.

De pronto el agua saltaba, revolvíase luchando, presa en las turbinas, y en aquella oscuridad medrosa del cubo del molino se la veía agitada, salpicando gotas, cubriéndose de espumas, ansiosa de salir y presa de la paleta de la rueda que la retenía, que la volteaba al girar locamente, chirriante el hierro viejo, mientras arriba sonaba el roce crudo de las piedras triturando el millo, mordiéndolo, pulverizándolo, y el golpe de la tolva, rítmico, acompasado, dejando caer la mollienda grano á grano; y cuando deshe-

cha, encolerizada, cubierta de espumas, como si hubiese copiosamente sudado en la brega, salía de nuevo al aire huyendo, lamía las losas de los lavaderos, dejando en sus grietas copos blancos, limo revuelto, un rastro como las manchas de sangre en su carrera un herido, cuando no la azotaban otra vez y la llenaban de jabón, infiltrándole la mugre de las ropas sucias; mas, luego, reponiéndose con coquetería, recobraban sus líneas transparencias hermosas, devolviendo á los ojos las imágenes del paisaje y las proyecciones de los aleros de las casas fronterizas, para después más abajo, á pocos pasos, al trasponer el minúsculo puentecillo de lajas sobre el camino, en el abrevadero, volverla enseguida á revolver y enturbiar las pezuñas del rebafío, los excrementos de las vacas, los cascos inquietos de los caballos que beben á placer sedientos de fresca, en los días de bochorno estival, en las soleras de agosto.

Ya después, libre la corriente, pasando por el patio bajo la sombra de los grandes árboles, deslizándose al soco de las paredes

de las huertas, bajo el dosel húmedo que forman las zarzas entrelazándose en lo alto, bajo la fronda de enredaderas con sus flores mustias, pero las hojas verdes, que dejan á las aguas discurrir en silencio, á solas con sus poéticos misterios corría serena, á lo largo, sin detenerse, extenso trecho; y después, al descubierto, al sol, iba á perderse muy lejos, no se sabe dónde, en los estanques de las heredades de otros términos, en los jardines de los caseríos lejanos, muy distantes...

Aquel día estaba concurrido el lavadero de la acequia. Era lunes, y en el mes de junio; un sol espléndido secaba las ropas tendidas en las cercas, y un aire cálido reseca la tierra. Carleaban las bestias caballerías jadeando á las puertas del molino bajo el cobertizo, después de desembarazarlas del peso de los sacos de maíz, y ahilaban sus largos cuellos, abriendo las fauces, respingando las narices, ansiosas del frescor del agua, mientras estremecían sus carnes sudadas con un sacudimiento plácido, de respiro, bajo la albarda cinchada.

Las mujeronas trabajaban. Al socaire de la pared de la casa que daba sombra al lavadero, sentadas en cuclillas ó sobre el duro suelo, charlaban las que habían terminado la faena, vigilando también de paso la ropa puesta á secar, al sol; no pocas se escarmenaban las greñas con desportillados peines, y alguna, la más vieja, entre palabra y palabra, mojaba el dedo en saliva y revolviendo en el seno ó bajo la enagua con impudicia, hurgando también en las costuras del refajo, espulgábase aburrída; y las demás, unas remangadas las sayas, al descubierto las piernas, metidas en el agua, con el rojo zagalejo prensado entre los muslos, y las otras de rodillas sobre el suelo, encorvados los dorsos, los brazos completamente desnudos, congestionadas las caras, tirantes los músculos, zambullían las piezas de ropa en el agua, estregaban el jabón á los trapos sobre los puños, remojábanlos de nuevo en el agua turbia, y después venía el batir á compás sobre las lajas, con fuerza para que la ropa soltara la pringue, para que la muy puerca se aseara y se pudiese blanca.

Algunas hembras esperaban turno, y regañonas murmuraban en voz baja de la tardanza de Petrilla, que ya estaba enjuagando las últimas piezas. Seguía esta callada, atenta á la labor.

—*Aviate, condenad*, le increpó Vicenta. Por los *suores*, cuando te bajas en el corral hay pá rato.

Bieron todos la burla, y la carcajada de Colasa era prolongada, irónica, provocativa. ¡Cómo reía la maldita! Petrilla, encorvada sobre el agua, estrujaba la ropa en sus puños, devorando la rabia. Estaban frente á frente. Mejor era callar.

Colasa era mala. Morenucha, sensual, de amplia cadera, era la hembra que trabaja durante el día, lava ropa, va en las cuadrillas de mujeres en las épocas de siega, coje la *muleta* en los plantíos de maíz, pero por la noche recibe en su cuartucho á los mozos del pueblo. Siempre le gustaban los amores con hombres casados, por el placer de alborotar en los hogares tranquilos. Era recelosa, murmuradora, pendenciera.

Quiso Rosa, al oír las risotadas traviesas

de la muchacha, evitar la rifa halagando en su vanidad de hembra á Colasa.

—Vaya! ¡vaya!... Ya se conoce que esperas *huésped* en el tragín con que sobeas las sábanas. Mujer, si son tuyas, buen estreno tengan. Ahí, sí, ya caigo. Me han dicho que mañana llega *Don Pedrito*. ¡Qué suerte, hijal...

—¡Que venga!... Y á mí ¿qué? *Jáblale eso* á otra que *pué* que te lo estime. Yo, no. Cruz y raya, por estas que son cruces. Pa mí, sanseacabó. ¡Fuerte miseriento! ¡Fós, con el jediondo! Si quiere, ya puede llevarse el catre que me mercó, que ya encontrará corteja que lo reciba. Está que ni pintao pa un casorio. ¿No te sirve, Petra?... ¿Qué alegas?

—Nada. Así como así no sé qué quieres que te diga.

—¡Que si estás alegre, mujer! No te pongas *coloradá*. Como el año pasado estabas tan guapota, muy compuesta, con traje nuevo, estrenando botas, digo que si ya se *aljorron* los cuartos. Pateta! no te falta más que una sombrilla.

—¿A mí?

—Sí, chica. Ya sé que no te la va á comprar *Celipe*, tu marido. Bastante se *esloma* por taparte mayormente otras faltas. Qué hombres de tan buena boca hay!...

—¿Qué dices, lenguaraza? qué dices?

—Que Celipe bebe en jarro desbocao.

—No me pudras la sangre ¡cállate! Tiesa jediendo te vea, indina, así como me quiten la honra.

—Bah! (*riendo*). No me asustes, que me meo. Buena habías de salir... ¡como tu mare!

—¡Pu...

Y sonó un golpe. Sacudíanse las dos hembras con las sábanas retorcidas, como si golpeasen en el batidero, desgrefiándose las cabelleras, rociándose los trajes con agua, mientras las mujeronas se levantaban á prisa, con gritos, manoteando, en medio de gestos cómicamente trágicos, y las que estaban en la acequia dejaban la ropa á flote, sobrenadando, y afuera salían con las carnosas piernas al desnudo, y los brazos pringados de espuma de jabón, corajientas, chillonas, curiosas de la rifa.

En medio de los gritos, tambaleándose de los empujones que las daban las compañeras, Petrilla y Colasa se habían venido á las manos, tirábanse de los cabellos, los puños golpeaban crudamente en las caras, las uñas desgarraban las telas y arañaban las carnes, entre interjecciones coléricas, derribando las cestas con la ropa mojada aun; y, al fin, Petrilla rodó al suelo, sangrando los labios, pálida, con ojos de doliente angustia, con ojos que piden lástimas, sucia la falda de los revuelcos en el lodo, roto el corpiño que dejaba asomar las carnaciones terreas, blancas, apetitosas, y los arranques de la curva del seno pletórico, estremecido.

A Colasa la contuvieron; seguía, sin embargo, forcejeando, brava, enardecida, enseñando los puños, lloriqueando, rabiosa, insultante, provocativa.

Petrilla compuso su traje, alifó sus cabellos y cogiendo la cesta de ropa, marchó por el camino sin volver la cara, sollozando; cruzó entre las cercas, por en medio de las paredes de las huertas, coronadas de zarzas,

donde la ropa lavada, ya seca, blanqueaba al sol.

—¡Jinojol, gritaba todavía Colasa. *Miá* que dárselas de *honrá* ese pulpol.. Si se ha revolcado más veces en las gafianías que piojos tiene! Pero ¿no han visto? ¡Enroñarse porque le planten en la cara que su madre es una borrachina y una... La muy cochina, la muy sorroballo. Ya no *pué* con las tablas, y engatusa *antouvía* á los chicos en los cercados. Pero ¡rayol, si no encontramos pajar donde esa no se haya revolcado. ¡A mí con fachendas!... ¡Peazo del...

Colasa mesábase los cabellos, extremeóbase epiléptica, pateaba rabiosa, esgrimía los puños hacia el camino por donde Petrilla se había ido, donde ya había desaparecido, ruborizada de lo hecho, cavilosa con tristes presentimientos, dejando atrás el enemigo campo de batalla.

Brillaba el medio día espléndido; de las tapias de la casa cercana salía un perfume de flores mezclado con olor picante de fritangas; de dentro, á través de la puerta abierta del molino, se oía, junto con el gor-

goteo del agua espumarajeante en la aceña, revolviéndose con salpicaduras en el cubo, el golpe rítmico, acompasado de la tolva dejando caer el grano, y el voltear vertiginoso de las piedras, triturándolo, pulverizándolo; las aguas de la acequia seguían su curso, ya pasando por los patios bajo la sombra de los robles, lamiendo las tapias de los establos donde las vacas dormitaban perezosas, ora discurriendo entre paredes tupidas de musgo, bajo la fronda fresca de las zarzas y de las enredaderas, arrastrando en su corriente turbia y fangosa los excrementos de las reses en el abrevadero, la mugre de la ropa lavada, las espumas del jabón sucias que también llevaban pringue de pasiones secretas de muchas vidas, la roña del asqueroso animal humano.

En los campos circundantes cantaban las cigarras y en la tierra reseca esplandía el sol.

II

—¿No vas?

—No; abrázalo por mí.

Dijo, y D. Miguel se quedó de codos sobre la ventana del caserón solariego, atisbando á través de las persianas medio abiertas, la marcha de la familia, calle abajo, por la carretera; la marcha de la mujer y la hija que iban á esperar á Pedro.

El día comenzaba á declinar en un ocaso de colores, y sin embargo, el sol picón de la tarde calentaba el aire é incendiaba la tierra.

Apoiada en el brazo de Rosarito, D.^a Carmen avanzaba con fatigoso paso de mujer obesa, radiantes los ojos de alegría y de

ansiedad, gozando en la inquietud de aquellas horas de espera que lentamente discurrían.

Rosarito iba elegante. Resguardábase bajo la coquetona sombrilla color perla, destacándose mejor así el vaporoso traje blanco, los cabellos lisos, las rosas y nardos prendidos al seno y en la cintura, el andar mimoso, la carilla trigüeña con dos grandes ojos negros de mirar travieso, y sobre todo las plasticidades y los bríos de su cuerpo de criolla.

Paso á paso iban, arroyo abajo, saludando con el abanico á las chicas asomadas en las ventanas y á las viejas de pie en los portones, y atrás quedaba ya la calle, la más grande del pueblo con sus casas destartadas de amplio portal, las que formaban líneas angulosas, revueltas y rincones, la calle con sus rampas que partiendo de la acera se alzaban dando acceso á las casuchas en alto, con sus tapias, con sus gruesos murallones de negruzca piedra. Paso á paso iban, después de pasar la casona de la cochera por cuya puerta holgada se veían en

el ancho patio los montones de estiércol humeando al sol, las parvas de heno acopladas en el pajar abierto hacia el fondo, las cuadras vacías y solitario el largo madero del pesebre, y en medio un carro arrambado, relucientes á la luz las llantas pulidas de las ruedas y con las lanzas en alto.

Llegaron á las afueras. Detrás quedaban las casas, y ahora comenzaba el campo á plena luz, y seguían por la carretera, donde los eucaliptus, los olmos y los álamos proyectaban una miseria de sombra sobre la vía. Un airecillo cálido movía la sombrilla de Rosarito, y hacía jadear cansada á doña Carmen.

—Descansa, mamá.

—No quiero; en los bancos de *La Gaviota* descansaremos. Estamos cerca ya.

Y continuaron avanzando por el recodo que marcaba la carretera; allí había más sombra; era un rincón umbrío donde el espeso ramaje de un pino no dejaba filtrar el sol á través de un toldo eternamente verde; donde caía el agua corriente, con salto rá-

pido, en la cantonera que la distribuía en pequeños chorros, los cuales, después de resonjar en el contador, seguían su curso rehacios, roñosos, escurridizos sobre los cauces retostados.

Caminaron después un rato junto á los paredones de *La Gaviota*, que seguían los bordes de la carretera, hasta llegar á la portada del huerto con su cruz de remate y los poyos de piedra para el descanso, descarnados y duros, donde se sentaron doña Carmen y Rosarito á reponerse de las fatigas del paseo. Allí se estaba bien.

Por encima de los bardales, que se corrían á lo largo de la vía en ambas direcciones, colgaban los castaños sus ramas reverdecidas y los rosales salvajes asomaban sus hojas oscuras y sus flores sangrientas al ras de los bordes, y como un abanico de sombra, más alto que la cruz, saliendo los gruesos gajos de retorcida veta á mitad del camino, sobre los bancos, detrás de la tapia, un laurel gigante, con tronco robusto, se alzaba convidando con sombra, como si hubiese nacido con la piadosa misión de

servir de techo á viajeros cansados. ¡Qué frescor se respiraba! Por más que el sol antes de morir en la tarde plácida retostaba la tierra y la encendía en ardores, cabe las tapias de *La Gaviota* el aire era grato, ensanchaba el alma, mientras los ojos se distraían hundiendo la mirada en la visión alegre del paisaje con sol. Delante tenían los campos con los trigos resechos y dorados, donde las segadoras, con la hoz en la mano, encorvados los cuerpos, cortaban afanosas, cantando aires de la tierra, vulgares coplas de tristeza y amor, de una música indígena, criolla, lenta como el rumor de los trigales levemente mecidos por el viento de la tarde; las casas dispersas, allá en la lejanía, enclavadas en las heredades, de cuyas chimeneas subía la rota espiral de humo deshilachándose en la azulina diafanidad del cielo; por las veredas, los rebaños ascendían al són de las esquilas, animándose con balidos, mientras los cabreros silbaban corajientos, arrojando piedras á las reses ariscas, y los mastines ladraban desganados á campo traviesa corriendo.

Ya el sol caía sobre los lejanos picachos, y por entre los árboles, reflejándose en los troncos, se cernía una luz violeta, sugestiva y triste; las nubes coloreaban sus bordes con violentas radiaciones cárdenas; y en toda la atmósfera, pesada y tibia, flotaba una claridad opalina, á veces vaga, indecisa, de penumbra, otras fuerte, intensa, que contorneaba crudamente las siluetas de las montañas distantes, mientras que con líneas róseas se diseñaban los perfiles de las casuchas en las alquerías lejanas; y en unos instantes, los precisos para cerrar y abrir los ojos, borrachos de luz, cambiaban las lontananzas y los colores, pintados con no aprendido arte en la hora melancólica del crepúsculo, de una puesta de sol en el silencio de los campos canarios que deja tal congoja en el alma que nos entran también deseos de morir.

Impacientábase D.^a Carmen. Rosarito, después de deshojar margaritas sobre su falda, entreteníase en dibujar en el suelo con la contera de su sombrilla una cifra, un nombre. . ¡Cuánto tardaba el coche!

En el tiempo que llevaban de espera en los bancos de *La Gaviota* había pasado hacia el pueblo mucha gente. Sentían ruido, un rumor que subía de *Bella-Vista*, sitio á corta distancia donde el terreno se deprime y la carretera desciende á la otra llanura más baja en zig-zag, y madre é hija, alegres las caras, se ponían rápidamente en pie, creyendo que era el *coche de horas*, la diligencia del pueblo que les traía á Pedro. Y ¡nada! Aparecía un carro con sus mulas asmáticas tirando penosamente, arrodillando, chirriantes las ruedas, y sobre las duras tablas las roñosas mercancías para Vallealegre; y, á fin de ganar el repecho, el postillón esgrimía el látigo con brutal denuedo, haciendo salpicar sangre y pus de las desolladuras al pellejo de las bestias, á la vez que gritaba corajiento:

—¡Arre, *Tordol*! ¡Arria, *Cuervo*!

Y la fusta restallando coreaba las voces de aliento.

Pasaron los arrieros en sus mulas con los panzudos tercios de vino sujetos á la albarda; los mozos de labranza con la mano en

la crin de la cola de las caballerías que cargaban los aperos de labranza, el arado, el yugo, las aradas; las buhoneras que traían á la cabeza la cesta con baratijas para vender de puerta en puerta por los pagos, en los caseríos del término; pasaron las mujeres andariegas que venían de la ciudad, á pie, fatigadas, sin más descanso que el respiro de un vaso de agua pedido de caridad en cualquier venta del camino, recogida en un pliegue á la cintura la falda, con el *sobretodo* doblado sobre el hombro, y los zapatos, ligados los cordeles, colgando al brazo; pasaron también los ricachos del pueblo, el señorío de los labradores con tierras, que venían también de la ciudad, con el traje del domingo, caída por delante el ala del sombrero, erguidos sobre el armón de la silla, inquieta la espuela en el pie, al galope rápido, vertiginoso de sus caballos.

A todos preguntaba doña Carmen por su hijo.

—¿Lo han visto?

Pocos le dieron contestación satisfactoria. Una vieja, cansada del viaje, carleando

del calor, asmática, pidió un sitio en los poyos para descansar.

—Atrasito viene, dijo acezando, poco respuesta del jadeo.—Señora, ¡Dios se lo conserve!

A doña Carmen se le encendieron los ojos; la alegría interior le rebosaba fuera, y Rosarito, nerviosilla, inquieta, se revolvió mirando á la revuelta del camino, la senda polvorienta con su larga fila de chopos y de álamos, hieráticos, esbeltos, en reposo, como esfinges sitibundas.

Las últimas sombras de la tarde caían, y en la incierta oscuridad de la noche cercana parpadeaban en el cielo los lucerillos, y una estrella solitaria lagrimeaba destellos lumínicos sobre las cumbres esfumadas y perdidas en la lobreguez del horizonte.

Fué primero un campanileo tenue lo que oyó Rosarito; á poco el grito opaco del mayoral alentando la recua, después, ya más claro, chillón y alegre, sonó el ruido de los cascabeles en las colleras; oyóse el golpear de los cascos herrados del tiro, dos caballos esperluciados y una mula famélica, y ya

entonces se distinguió de pie en el pescante, moviendo los brazos, al cochero, gritando ronco á las bestias, castigándolas con la tralla, acariciándolas con la voz, y el carricoche con su toldo repleto de bártulos y las blancas cortinillas al viento, agitándose como un pañuelo que saluda, y dentro el rumor de las conversaciones, el cuchicheo de la charla, y el rojizo resplandor de la lumbre de los cigarros que entre las espirales del humo dejaba reconocer, iluminando ya los rasgos de un rostro, ya algún trozo de traje, á cuantos pasajeros venían en la diligencia prensados, en incómodos contactos, aspirando los crudos olores á sudor.

—Ahí está; ya le veo, dijo Rosarito.

—¡Hijo mío!, gritó doña Carmen jubilosa, preñados en lágrimas los ojos. Y el coche paró. Pedro besó á su madre, besó á su hermana, y las dos mujeres enternecidas lloraban deshaciéndose en caricias. Pedro callaba, pero sentía. Dentro ¡le hurgaban unas gautas de llorar!... ¡Eran tan dulces aquellos cariños!... ¡Sabían tan bien!...

Todos subieron y el coche siguió hacia

arriba, ya entrada la noche, sonando los alegres cascabeles de las colleras al trote de las caballerías, como si quisieran anunciar al pueblo el feliz arribo de Pedro al native solar.

Noche hermosa aquella de junio para el muchacho. No podía dormir cuando se acostó. Revolvíase en la cama, insomne, febriciente. Parecíale que en el estrecho recinto de su cuarto no le cabía el alma.

Estaba la habitación sahumada con tomillo, y las sábanas blancas, suavemente húmedas, olían á camuesas maduras, y notaba algo así como la vaga fragancia de rosas, de violetas y nardos, de flores que por allí habían pasado durante la mañana, que allí, esperándole también, habían vivido un rato, y que le dejaban una recordación como por encargo de su hermana que las había buscado en la huerta y que las había cortado para que le recibieran dándole la bienvenida de la estación y del campo. Y pensaba en Madrid, que hacía unos días dejara, con sus calles intrincadas, sus viejos caserones, su cielo brumoso y gris; recordaba las horas

de café con las ruidosas controversias escolares; las veladas nocturnas sobre los libros; las tunas estudiantiles que buscan las modistas para decirles amores á orillas del Manzanares sucio, en los ventorros y menderos; las ansias de las vísperas de examen con sus incertidumbres; las fiebres en las noches solitarias, sin compañía, que enferman también el alma lejos del terruño; el día del éxito, los abrazos de enhorabuena; y después, la marcha, la despedida, el loco galop del tren, y la silueta de la Corte, con las agujas de sus torres y los perfiles de sus tejados recortándose en la árida y espantosa llanura castellana, triste como páramo desolado; y el corazón que aflora las celiastias de la patria chica, la patria del alma, que mira á la tierra, que ya la presente, que ya la huele surgiendo del mar como una perla, con sus ciclópeos picachos en las alturas cubiertos de nieve y sus peñascales salvajes en la costa salpicados de espuma, y dentro, en las entrañas de las sierras, en el corazón del terruño, siempre hermoso, querido eternamente, el pueblo,

la heredad, la casita, el padre, la madre, los hermanitos, los viejos camaradas, la vida entera, espléndida y divina, resonando con música interior.

Después, la llegada. Ya estaba en la casa. Arriba, en la alcoba, como un murmullo dulce, oía él á Rosarito rezando con canturía monótona, y los viejos, sus padres, contestaban con sus vocesitas cansadas, cabeceando de sueño. Quizás daban á Dios gracias por su vuelta; sin duda su madre estaba impaciente y vendría al terminar el rezo, rendida aun de la jornada de la tarde, á escuchar á la puerta por ver si dormía en sosiego, porque ¡Dios no permitiera que las tierras ingratas le devolviesen enfermo al hijo de sus entrañas!

¶ Todos estaban arriba. La servidumbre, después de saludarle y yantar, habíase marchado á dormir, á tumbarse los hombres sobre el heno de los alpenderes ó sobre los haces agavillados del pajar.

Faltaba alguien en la casa: Petrilla, la criada. No la había visto. ¡Qué extrañol...

Y de nuevo la loca imaginación le volvía

á Madrid, le tornaba á traer á la tierruca para solear su cuerpo, para que entrara sol en su alma, hasta que lenta, lentamente, sus párpados se cerraron, entumeci6se el pensamiento, sus labios se abrieron como en una sonrisa soñando sin duda en la tierra, y dormido qued6 entre las sábanas blancas, suavemente húmedas, con olor á camuesas maduras, en medio del ambiente del cuarto sahumado, que todavía conservaba restos vagos del perfume de nardos y rosas que trajeron á Pedro el saludo de la estación y la bienvenida del campo.

III

A la mañana siguiente, cuando Pedro abrió los ojos, en los cristales de su ventana veía el sol. ¡Qué tarde es!, pensó, y de un salto se echó fuera de la cama.

No eran las ocho aun y la mañana estaba plácida, convidando á vivir. Abrió la ventana para que entraran el aire y los olores del campo. Estaba hermoso el día.

Ante sus ojos se desplegaba el panorama rural, espléndido y radiante. A lo lejos se levantaba el Montañón, riscos basálticos, con sus picachos, con sus cresterías voladas sobre el vacío, de color terroso, con manchas verdinegras que pintaban las esqueleticas tabaibas y los cardones salvajes; el

risco tajado con su cantil pavoroso que desde las alturas descendía rectilíneo hasta el fondo del barranco, arriba con mucho sol, abajo umbrío, húmedamente sombreado por las peñas de la cima tífosa, blancuzca, con su costra de tierra reseca; más acá, saltando con la vista la anchura del barranco, mirábanse las tierras labradas con sus largos surcos, los rústicos bardales delimitando los campos, con las hileras de pitas que amojonaban los predios y en ellos las sucias paredes y la techumbre roja de alguna gañanía; acortando la distancia con los ojos la acequia entre muros de piedra seca, pasando bajo el bosque de las zarzas y de las yedras, el agua sin ruidos, callada, como un amorcillo que huye; y allí, bajo la ventana, la huerta de la casa, con sus toscos arriates llenos de flores, pobladas de árboles las orillas, donde había granados con sus frutas abiertas y donde perfumaban los naranjos en flor.

En uno de los cercados próximos un gañán barbechaba la tierra. Movíanse lentamente, con pereza, los tardos bueyes, hun-

diendo las pezuñas en los surcos removidos, tirando del arado cuyo corvo pico arañaba, al desgarrar, los senos de la tierra, y el boyero, picando á ratos en las ancas de las reses, cantaba un cantar soñoliento, lánguido, de cansancio, como el andar de la pausada yunta, un cantar de modorra canicular, de inercia fatigosa, cuyo ritmo triston acompañaba el cansado respiro de las bestias.

Del campo parecía que llegaba al alma de Pedro, con el desperezo de la luz, un hálito de vida.

Dejó la ventana, ciego los ojos de sol, y salió al patio de la casa para saludar á la familia. Asomada al barandal de la galería, bajo el alero en donde tenían sus nidales las palomas, vió enseguida á su hermana con el cabello en trenzas, mal peinada aun, y su carita morena, tersa y lustrosa, recién lavada. Rosarito regaba los tiestos, escardando las matas de rosales, de claveles y heliotropos, estallantes los brotes, lozanos los capullos, relucientes las hojas del baño.

Al ver á Pedro, Rosarito palmoteó jubilo-
sa y sonriendo.

—¡Cuánto ha descansado el haragán!... ¡valiente dormilón!... Intenté despertarte al venir de misa, pero mamá no quiso. ¡Si vieras!... ¡qué hermosa mañana!... Me llegué á la puerta de tu cuarto y muy bajito, como llamándote, te dije: Pedro, que ya hay sol, que ya tienes leche caliente, acabadita de ordeñar... Pero, tú .. ¡buen caso que hacías! Roncabas, hijo, roncabas que era un gusto. Mamá me riñó; me echó en cara no sé cuantas perrerías... ¡Niña, quieta!, me dijo; deja que descanse el pobrecito.

—¿Por qué no me gritaste golpeando la puerta?... A mí me gustaría madrugar... Chica, la verdad es que se me pegan las sábanas... ¡huelen tan bien!... Pero, ¿y esos viejos no se han levantado?

—Buena fechal... Antes que el sol... Por ahí deben estar revolviendo... ¡Eso es madrugar!

Y Pedro, entonces, empezó á husmear por la casa en busca de los padres para abrazarlos.

A doña Carmen la encontró en uno de los cuartos bajos inspeccionando la labor de la sirvienta. Abrazáronse madre é hijo y Pedro sentóse un momento también. La habitación se hallaba en una semi-oscuridad; en el alto cañizo los quesos se curaban goteando zumo salitroso de tufillo picante; en las banastas oían, remaduras y arrugadas, las manzanas de la última cosecha; sobre los gujarros del suelo, en un lado, las castañas pilongas de reserva para el año, y en otro rincón las parvas de lana de la pasada trasquila, los vellones sucios, todavía sin cardar, con hedor á macho. En medio del cuarto la criada, doblada sobre la quese-
ra, amasaba la cuajada lechosa.

Pedro estuvo al lado de su madre, entretenidos los ojos en mirar la brega de las manos de la chica dentro del aro, mientras su cerebro se distraía en confusas cavilaciones y un remusgullo de contrariedad en el corazón le soplabá. Nada dijo; su pensamiento espiaba solo, como un ladrón en escucha, pidiéndole la verdad á los signos exteriores de los hechos. Todo menos la-

blar, preguntar, entregarse, y no ponía en claro otra cosa sino la existencia de otra criada en la casa. Petrilla no estaba ya. ¿Qué había sido de ella? ¿Cómo no encontrarla? Sentíalo, á la verdad; enojábale el haberla perdido. Mientras estuvo en casa fué suya; corría de noche con sigilo, ahogando las pisadas, al cuartucho donde Petrilla se tumbaba para dormir, en lecho pobre y con vaho de sudor, aguardándole con sus grandes ojos, brillantes en la oscuridad por la fiebre, caídos los brazos fuera de las sábanas.

Y volvía Pedro con ansias de verla, de reanudar las viejas huídas nocturnas. Pero, Petrilla no estaba ya allí para esperarle, como antes, todas las noches. Perderla, ¡qué penal! Sentía de nuevo hambre de ella. Mas, ahora ¿dónde estaba?... No era cosa de preguntar. Quizás en la casa hubo sospechas antes, en otras ocasiones, de aquellos amores. Tal vez el ruido mal ahogado de los goznes al abrir la puerta, el seco rumor de los pasos en el patio, un golpe de los que no se sofocan, cualquier nimiedad, habían

llevado la noticia, la sospecha, la alarma desde las habitaciones bajas á las altas. Por eso se redoblaba la vigilancia casera; quizás á eso obedecían los consejos maternos inculcándole el respeto al hogar. Tal vez para vengar la falta, en su ausencia y sin escándalo, habían echado á Petrilla á la calle. Para conocer la verdad era necesario esperar... Pero, entonces ¡vaya si iría de nuevo á buscarla!

Pedro se incorporó.

—¿Te vas, hijo?

—Quiero ver al viejo. Aun no lo he visto.

—Debe andar en el sobradillo, que hay peones sacando grano.

Allá se fué el muchacho, atravesando el patio cuajado de tiestos con flores y hoyos con árboles; pasó el largo carrejo que conducía á la huerta, en uno de cuyos lados estaban los alpenderes oliendo á estiércol y donde las caballerías de labor y las reses de labranza descansaban durante la noche rumiando el heno y los rastrojos, y en otro, al extremo, junto á un gran nogal, se alzaba

el sobradillo con endeble escalerilla y balconete estrecho.

Sudaban los mozos bajando sobre las espaldas los sacos de maíz para cargar los jamelgos, y bajo tan gran peso los viejos peldaños crujían pareciendo que se astillaban.

Todo el día, antes y después de comer, estuvo Pedro con su padre inspeccionando los trabajos, viendo como cargaban las caballerías, como las palas aventaban el grano al revolverlo en el montón, y como éste saturaba la atmósfera del sobradillo con polvo asfixiante que, al amasarse con sudor, teñía los rostros de los asalariados reciamente curtidos por el sol, mientras los cabellos retintos, espolvoreábanse de un blanco sucio, casi gris, y los ojos escaldados inyectaban en sangre los párpados.

Pero, al caer de la tarde, Pedro sintió deseos de franco aire campesino, de plena luz solar, de libertad para extender el pensamiento y la mirada, y cogiendo el sombrillo de paja veraniego y el bastón estudiantil, se echó á la calle, cruzó la plaza, y

por el estrecho camino vecinal, ascendió cuestas y cuestas hasta llegar á la alta planicie de la *Asomada*, que parecía un balcón natural desde donde podía abarcarse de golpe la solemnidad del paisaje, los contornos del pueblo con su silueta pintoresca, y más abajo los arrabales y las albercas, y todavía más allá, siguiendo con la vista hasta la populosa ciudad lejana, los campos en las jnrisdicciones vecinas con sus caseríos coronados por los campanarios y circundados de huertos, las cercas con árboles y saltos de agua, las arenas negras y calcinadas cuyo color rompen las notas esmeráldicas de las vides con pámpanos, y al fondo, muy lejos, la franja roja del crepúsculo en el cielo y la cinta ligeramente azulada del mar inmóvil, sonriente, como un niño que duerme.

Sentóse Pedro sobre una piedra á la orilla del camino para descansar, y allí estuvo estático hasta bien tarde, cuando ya oscurecía. Con la luz suave y difusa del ocaso bañábase el paisaje en una poesía infinita; sobre los campos en éxtasis esparcíase algo

así como la irradiación de una belleza virgen y un ambiente de magestad.

Surgían, destacándose en el claro oscuro del crepúsculo, las casas apiñadas, con sus tejados, con sus chimeneas, y en medio la iglesia de paredes blancas, los ventanales oscuros, desafiadora la torre cilla dominándolo todo, y como si hubiese llegado la hora del rezo, en esos instantes de reposo campestre en que los hatos vuelven por las veredas trotoneas, las vacas abreven al borde de las acequias, los leñadores regresan con el haz á las espaldas y el hacha en la mano ensayando caricias para los pequesuelos que esperan, los gallos acurrucándose en las ramas cantan roncós y los mastines en los bardales ladran al paso de los rebafíos; como si fuera instante de oración, y la naturaleza, la campiña, todo el pueblecillo templo y altar, de los hogares sale el humo que en las alturas se rompe, gironéandose, deshilachado, y la campana, pagana y ascética, esparce en los aires sus ecos extraños de plegaria y de cantar.

En medio de la llanura, á la vera del ca-

serío que mira al pasar, el barranco, bullente el agua que arrastra los guijarros del cauce, que choca y espumea en las peñas, que se desliza entre las ásperas cortaduras del granito en cuyas grietas crecen jaramagos; que discurre bajo los puentecillos rústicos, combreada á trechos por juncos y espadañas, lamiendo los mimbrales ondulantes, mientras el aire pasa *gárrulo y sonante por las cañas* de las márgenes; en medio de los campos las eras con las enormes parvas de trigo de doradas espigas, donde con el fresco del véspero la rueda de caballos trota, galopa, espumosos, jadeantes, levantando al aire con sus cascos la paja triturada, en tanto la *cuarta* restalla, los bieldos avientan la trilla, sudorosos y ébrios ya, animan con gritos la cobra fatigada; luego, al pie de las colinas que circundan las llanuras, los castañares verdes, de añoso tronco, de retorcida rama, espesos como bosques, con entono verde claro, y más arriba, ascendiendo por las faldas arboladas, los tunerales que evocan paisajes africanos, los pinos rejuvenecidos, los olivos

tristones, alicaído el ramaje y las higueras raquíticas, enanillas, encanijadas, que se quedan á la mitad de la colina como rendidas del esfuerzo para subir á la cúspide; y en las laderas, aquí y allá, solitarias siempre, las casas de labranza, las mayordomías blancas las paredes y rojos los techos, á un lado los establos, al otro la cocina y el corral, con robusto castaño al centro del patio, unas cuantas palmeras junto á las tapias, con los barandales de las galerías y las columnatas que sostienen el alero tapizados con las mazorcas que se secan al sol; las casas que han corrido para guarecerse al socaire de las montañas, escondidas y como asustadas, de los vientos invernales y engalanarse en la estación primaveral con la verdura de los castañares circundantes, perfumándose con la fragancia de los naranjos en flor, al par que las palmeras mueven sus hojas de abanico y desgranán en lo alto sus dátiles morunos.

Gustábale á Pedro el silencio del campo y la magnificencia del paisaje á la caída de la tarde. Poco á poco descendía desde la

Asomada al pueblo en demanda de la casa y en espera de la cena.

Sonaban en el ambiente vespertino el campanileo de las esquilas de los rebaños; el grito de los mozos en las eras, ya suspendidas las trillas; los desplantes de los boyeros conduciendo las reses á los establos; el canto de las leñadoras, enzarzadas en los tunerales, que venían de rebuscar las higueras para despojarlas del ramaje seco, y el de las muchachas que retornaban de las fuentes por los caminos; los silbos coléricos de los pastores y la algazara de la chiquellería retozando á las puertas de las casas ó encaramados en los árboles de las huertas; el ladrar de los perros en las tierras solitarias que corea el graznar de un aguililla extraviada revolando en los aires.

De pronto se paró Pedro. Con todos estos ruidos del campo mezclada, á su oído llegaba esta copla:

*Cuando una canaria quiere
á quien la sabe querer,
de tanto querer se muere,
y muerta quiere también.*

Era la misma copla, que tanto conocía, y le sonaba dentro, con su música indígena de *ira* criolla, suave, sugestivamente.

Cantaba ella como Pedro la había oído tantas veces, hasta parecerle que la voz se le había pegado, lo mismo que la copla, en el corazón. No podía ver á la cantadora, perdida en la sombra como estaba, tan lejana, en medio de los castañares fronterizos. Era Petrilla. Era cosa de suponer que se reconocían á distancia, y que ella le saludaba cantando.

Quitóse el sombrero mirando anhelosamente á lo largo, queriendo escudriñar la oscuridad con los ojos, buscando á la chica con mariposeo del alma, mientras la copla extinguía su última cadencia nostálgica y en el campanario del pueblo el cimbaillo esparcía en el ambiente nocturno el toque lento y melancólico del *Angelus*.

IV

Un día encontróse solo entre las cuatro paredes de la casucha *Celipe*. Fué un día aquel para el muchacho de hambre y de dolor.

Todos se habían ido, y en la vieja caja de los pobres, descarnada y miserable, mal pintarrajeada de un negro clarucho, cuatro vecinos habían llevado en hombros á la madre. Y cuando la gente se marchó, cuando hasta las piadosas mujeres del arrabal que velaron á la muerta se despidieron, *Celipe* quedó, sentado sobre la antigua caja de cedro en un rincón, sollozando con hipo angustioso y con temblor de escalofrío en las carnes. Ohiquillo aun, dábale miedo la ima-

gen de la madre muerta, aquella cara lívida, plegada la piel en arrugas, las pupilas inmóviles en medio de los párpados abiertos, el labio inferior caído dejando ver la encía clorótica, blancuzca, sin dientes, revueltas las crenchas canosas, los manojos de cabello enfermo y desteñido, crispada la mano, con los dedos encartonados en el momento de hacer la cruz.

Fué cosa inesperada. En el desvencijado camastro dormía la *chá* Camila, su madre, y Celipe roncaba tumbado en su jergón arrebuñado en la trapera. De pronto, despertóle un largo quejido, y, despavilado, en escucha, percibió como el silabeo de una súplica, la salmodia de un rezo, algo confuso, voces sin articular, murmullos de un espíritu hablando en lo interior, y el quejido, y el suspiro, estertor, castañetear de los dientes, la crispación de las manos en las sábanas, estrujándolas, amasándolas, en el silencio y en la oscuridad del barracón. Y encendió la luz de la lámpara Celipe, asustado, rápido, mientras gritaba: *Marel marel ¿qué tiene?*

Nadie respondía; sobre el lecho, entre las sábanas revueltas, la vieja estaba inmóvil, fría, desencajada. Sacudióle el cuerpo, como para reanimarla, y el vómito salió á la boca de un modo grotesco. Los ojos vidriosos no tenían luz, y las pupilas fijas espantaban. Estaba muerta. Tuvo el chico miedo de verse sin compañía, y salió dejando el cadáver solo, tendido en la cama, mal alumbrado por la lamparilla de aceite, oscilando la luz en las sombras de las paredes y del techo. Llamó á los vecinos próximos y á casa se volvió con hipo de sollozo y sin lágrimas en los ojos. Sufría sin poder llorar...

Cuando llegaron las mujeres sacaron á la pobre vieja de la cama, con sus carnes secas, huesuda, ya rígida; laváronle la cara, y le pusieron el trajecillo único, bastante harapiento; alifáronle los cabellos, y en el suelo, sobre la estera, lo colocaron descansando la cabeza en la almohada; cerráronle los párpados ribeteados y cruzándole sobre el pecho las manos, mientras que los descalzos pies, callosos y marteados y con las uñas negras de la tierra, costó esfuerzos

para juntarlos. No había cristo, ni blandones. A la luz vacilante de la lamparilla, las mujeres, sentadas de cuclillas en el suelo rezaban el rosario lenta, tranquilamente; los hombres, fuera de la puerta, chupaban las pipas en silencio; *Celipe*, en un rincón, sobre la caja de cedro, estúpido gimoteaba con hervor cavernoso, y la muerta arrojaba á la pared el perfil trágicamente grotesco de su bello caído y la silueta lúgubre de los dedos de sus pies descalzos, nudosos y agarrrotados.

Por la mañana trajeron del pueblo los cirios y encerraron el cuerpo, ya mal oliente, con la negra caja deslustrada. Al medio día, en hombros de cuatro vecinos, la llevaron camino abajo, por la vereda entre cercas con flores, pasando bajo el ramaje de los árboles de las lindes, removiéndose brutalemente el cuerpo, holgado entre las cuatro tablas, sin cantos, sin dobles, casi sin cortejo, con un hermoso día de sol muy alegre.

Al retirarse los vecinos, *Celipe* quedó en el cuartucho con hambre y en soledad, todavía con miedo y sobresaltado cuando le re-

surgía dentro, viéndola, la figura de la madre, la que al despedirla para siempre la llamaba «compañerita del alma.»

Como estúpido dejóse caer sobre el jergón de paja, tiritando de frío bajo la trapería, bostezando de hambre, dolorido el pecho, con hipo sollozante, cuando ya la noche llegaba y en el cuartucho, lleno de sombra, esparcíase ese silencio y esa oscuridad que renuevan, al parecer, el estertor de los agónicos y reproducen los miedos á los muertos, y se tiembla porque en la sombra parece que se les siente, cautelosos, con sus huesos descarnados, acercarse para abrazar.

Durmióse, al fin, Celipe. A poco sonaron golpes en la puerta, y el chico despertó despavorido, como si un ánima en pena viniese á llamarle á deshora en noche tan triste.

—¿Quién?, gritó con voz de miedo.

—Soy yo; abre, *Celipillo*.

Conoció el habla. Era D. Miguel, el richón que tenía cercados en el lugar, cortijos y ganados en la cumbre. Muy bueno era. El padre de los pobres le llamaban en

el pueblo los mozos de jornal y las viejas pordioseras.

Venía por él; quería llevárselo á casa, sin demora, la misma noche.

—No faltaba más. Dejarte solo! Pero, diantres ¿por qué no me habían avisado?... Cuando estaba cenando Rosarito, la mía, me contó el caso. Allá me voy á traerle, me dije, y aquí me tienes. Conque, avíate, y andando. Cama no te ha de faltar, ni pan tampoco. Trabajo sobra en casa para los muchachos de hombría de bien.

Alon!...

Y á la casa se llevó D. Miguel al chico la misma noche. Allí quedó recogido por caridad Celipe.

Creció robusteciendo los músculos en las labores del campo, curtidas las carnes al sol, primero cortando con la hoz los rastros para las reses, y después, ascendido á boyero, las curaba atento, al mediar la noche á renovarles el pienso y de día á conducir las al abrevadero cuando las yuntas volvían de los predios, encargándose además de aacar las caballerías y la cuadra,

amontonar el estiércol de los establos, arar las tierras en las vísperas de plantío y siembra, ordeñar las ubres de las vacas por la mañana, al salir el sol.

Trabajaba afanosamente, como una bestia más. Dormía, por el invierno, en los establos abiertos al aire, calentándose con el resuello de las reses, y en los meses de estío, con ambiente cálido de galvana veraniega, iba á tenderse sobre las granzas y la paja de las eras, roncando libremente con el frescor de la dulce noche.

Continuaba solo, es verdad, como el día en que los cuatro vecinos enterraron á la vieja. Amores no tenía. Ni en las *descamisadas*, ni en las *últimas* había encontrado novia. Parecía que, muerta su madre, no quedaba en el mundo mujer que lo quisiera. Su rostro cobrizo, rudo y mormónico, sus ojos enfoscados y fieros, con la ceja hirsuta dándole expresión de crueles, su barba arisca, el corpachón atlético, musculoso, ancha la espalda, vigorosa la apostura de la piernas, no gustaban á las mozas, ni aun á las feuchas, de continuo hambrientas de rústicos

galanteos y quererres. Había en su contectura algo monstruoso y repulsivo á las hembras.

Celipe quería ¡vaya si quería! Sólo los animaluchos le devolvían compasivos ternuras por ternuras. El perro hacía carantofías retozando cuando lo llamaba para comer juntos; el caballo del amo, resabiado y levantisco, rebelde á la silla y al acicate, dejábale montar relinchando de gozo al parecer, y las vacas en los establos, mientras las ordeñaba, volvían hacia atrás sus ojos desmayados y agitaban la cola levemente acariciando la cabeza gruesa del jeyán.

A quien descaba era á Petrilla, la criada de la casa. Pensaba que para ella podría ser como un perro echado bajo el ventanico de la casa, nada más que para cuidarla, y que como esos gorriones que veía á cada instante en los sembrados por los días abrileros, habría de trabajar también rebuscando en los trigales el grano que traer en la mochila á casa, y ¡á comer, juntos, á vivir en el nidal, en pareja, para siempre, fieles como las palomas salvajes!

Pero ¡qué diantre! Todo era bambolla. Encandilábansele los ojos cuando encontraba fregando en la cocina á Petrilla, con los brazos remangados, al desnudo, carnosos y tersos, y cuando yantaban juntos, arrumbados en el suelo, sin deciria una palabra, olfateando sediento el sudor de aquellas carnaciones frescas y mórbidas, al distraerse sus ojos, borrachos de mirarias, medio alelado revolvía con la cuchara fuera del cuenco donde humeaba el potaje.

Con estas distracciones Petrilla se reía. También reía Celipe, ruborizándose á la vez de sus malas intenciones, de los remusguillos de aquel su amor calenturiento. Ella le lavaba y le costaba la ropa, y en los días de siembra, cuando Petrilla con los demás asalariados iba al campo, Celipe le cantaba coplas con decires galantes, las que le repetía mientras esponjaba el heno de las reses en los alpénderes de la casa y la chica en el patio barría ó en la acequia lavaba.

Novio no había tenido Petrilla. La madre de ésta, á la verdad, no era buena mujer; salía á los caminos á esperar á los tragan

tes y á los arrieros que pasaban en sus mulas hacia la ciudad; pero la muchacha era hacendosa y casera, y le gustaba y la quería. El solo y ella abandonada, estarían mucho mejor casados. Así, pues, cavilando siempre, la idea se le clavó tenaz en la sesera y le arañaba de continuo en el corazón. Pero ¿cómo iba á decírselo á ella?

Guapota, frescachona, Petrilla había de contestarle con una burla que le haría mucho daño, porque otras más feas y entecas le habían despreciado en los otros malaventurados quereres que tuvo.

Fué D.^a Carmen, la mismísima ama, quien un día le dejó perplejo.

—Oye, Ceipe, ¿por qué no os casáis la Petrilla y tú?

Al punto no pudo contestar; afluñado quedó de la sorpresa, y sonrojose la cobrizatez de su cara como si el amor le hubiese sorprendido con un mal pensamiento.

—Pos, yo... lo que su mercé mande.

A los pocos días los esquilones del campario repicaban al despuntar el día, cuando era la gente de la misa de alba; el

cortejo nupcial, los padrinos y los novios, éstos nada más que con el traje dominguero, regresaba, calle abajo, hacia la casa solariega de D. Miguel Jiménez donde la boda se festejaba, y Rosarito, la madrina, obsequiaría á los convidados con jícaras de chocolate y bizcochos, y más tarde con licores baratos y dulces caseros, todo el rumbo y el boato de un casorio de pobres.

Y cuando llegó la noche, solos, nada más que buscándose con deseos los ojos y con sed los labios; ni siquiera cogidos del brazo, salieron de nuevo calle arriba, pararon delante del templo solitario y oscuro, descendieron por el camino en declive que baja hasta al barranco y atravesando el puentecillo rústico, subieron la empinada cuesta que lleva á las faldas de la colina donde está la mayordomía de D. Miguel. Al lado de ésta, en el cuartucho estrecho con su corral y su cocina, que el amo les había cedido para vivienda, mal amueblado con los viejos trastos de la *chá* Canilla, la madre enterrada, entraron cerrando detrás la puerta, á convivir en la noche de novios,

mientras á lo lejos, en la cima del montecillo, sonaba estridente y provocativo un cacacol, y en el aire, en medio del silencio solemne del campo, burlones estallaban los cobetes.

V

Iba transcurrida una semana desde la llegada al pueblo, y Pedro no había encontrado aun cara á cara á Petrilla. No parecía sino que ésta le huía, que andaba prudentemente escondiéndose á su cauteloso espionaje.

Ya le habían dado la espantosa noticia de que la chica se había casado con el honradote *Celipe*, el boyero de su casa, aquel muchacho que de día encontraba siempre traginando en los corralones y en los patios, y de noche se marchaba, sudoroso y fatigado, á descansar los molidos huesos y á buscar un poco de amor en el casucho de la mayordomía, junto á su mujer. Ni aun á

saludar al hijo del amo, extrañábase á Pedro que no enviase á la muchacha el jastaliote de *Celipe*.

De todos modos había que esperar. Ya la encontraría y confianza no le faltaba en que ella volviera de nuevo á reanudar aquel amor de carne, que en otro tiempo los cegó.

El no había olvidado aquellos amores; ¡cómo había de haberlos olvidado ella!

Ahora le renacían otros quereres, más intensos; viejos amores de niños que crecen con los años, más robustecidos al pasar el tiempo.

Habíale inundado de alegría interior unas noticias que días atrás le dió Rosarito, entre mimos, con tono de misterio, como quien va á revelar un secreto hábilmente sorprendido. ¡La cosa era estupenda!

Había encontrado al salir de misa, á la puerta de la iglesia, á dos amiguitas; nada menos que á Julia y Adelina. Con mucha efusión la habían saludado. Adelina, vivarachita, más traviesa, abrumóla á preguntas sobre la llegada de Pedro, y regocijándose por anticipado con la sorpresa que le iba á

ocasionar el encontrarla alta, con las faldas largas, hecha una mujer, cuando el año anterior todavía parecía una niña, una muñeca, con quien se juega y á la que se hacen animos. No la conocería. De chica, era graciosa y parlanchina, pero la edad juvenil había redoblado estos encantos, y ahora en su charlarota se advertía cierto dejo de ingeniosa malicia y en sus curvas femeninas, en las redondeces de su cuerpo encontrábase una exuberancia saludable de vida. Julia apenas intervino en la conversación dislocada de su hermana. Dejaba que hablara ese diablillo de muchacha, que se despachara á su gusto la locuela. Ella, de continente austero, siempre tan callada y mimosa, todo lo expresaba con los ojos. Sin embargo, Rosarito notó que cuando ella reponía á Adeline que Pedro no dejó novia atrás, la mirada de Julia irradió un gozo inexplicable y que una emoción intensa enrojecía la cara blanca, dulcemente hermosa, de la primogénita de los Vázquez. Y al despedirse, notó también que la besaba más fuerte y que la mano de la chica temblaba febril en-

tre las suyas. No se engañaba. Allí había oculta una penita amorosa, una vieja pasioncilla de niña que retoñaba nuevamente, enardecida, vibrante, bajo la serenidad de sus ojos azules y de su rostro siempre velado por un aire de poética tristeza que la hacía más hermosa.

— Hay que verla, se decía Pedro, en quien también resurgía un hálito de su cariño de adolescente, cuando con Julia, siendo niños, correteaban por los patios y en las huertas, siempre cogidos de la mano, y queriéndose mucho con querer inocente, casi de hermanitos.

Pensaba en ella; en su interior se destacaba la figura de la muchacha, pensativa y melancólica en su actitud, y en el corazón sentía un secreto deseo que le impulsaba á verla de nuevo.

Era lástima! Casualmente pocas tardes antes estuvieron las chicas en casa de Pedro, mientras él andaba por matorrales y breñas, de caza. Cuando por la noche se lo contó Rosarito, sintió ira, un loco afán de reprocharse por su imprevisión. Habían las

de Vázquez prolongado la visita, sin duda esperándole, y las treguas en la marcha se concedían fácilmente, esperanzados de que el cazador retornaría presto, adivinando la sorpresa que le aguardaba. Pero no fué así. Cruzaba breñas salvando despeñaderos, fatigando el cuerpo en saltos por los abruptos risquetes de las montañas para llegar con el morral vacío, y encontrarse una decepción y una angustia. Pero ya la vería, ¡vaya si la vería!

Necesitaba hacer una visita á *chá* Natalia, la viejecita que le quería tanto. Todos los días le estaba su madre diciendo:

—Ahí tienes el regalo de Natalia; son las primeras brevas de su higuera. Dice la pobre que si la has olvidado porque no vas á verla. Infeliz! Sigue lo mismo ¿te acuerdas? No pide nunca una limosna; se sienta á la puerta y espera calladita las sobras que le dan. Los días de correo nunca faltaba en casa á preguntar por «su niño». Ya se ve ¡te quiere tanto!... No tiene á nadie en el mundo, y está muy vieja. Ni á la fuerza le harían comer un bigo de su arbolito; primero se ha-

brían de podrir todos. Siempre dice que son para «su niño». . Nada, vete á verla, hijo mío.

No necesitaba en esto súplicas Pedro. También tenía él por la viejecita un poco de cariño, mezcla de piedad y de ternura.

Allá se fué una tarde, camino arriba por entre las últimas casas escalonadas en las pendientes que sirven de término al pueblo.

Al pasar por la casa solariega de los Vázquez, á un lado de la vía que cae sobre unos predios bajos á orillas del barranco, aquel caserón viejo y destartado, de paredes sucias y con chorreras de los canales goteantes en los días de lluvia, ancho portal de casa de labranza, ventanucos extravagantes, holgados en los salones y deformes en los trojes y graneros, fijóse á ver si encontraba asomadas á Julia y Adelina, pero á nadie vió. Solamente por una ventanilla baja, salía afuera un rumor de niños que juegan, un murmullo de pájaros locos riendo y cantando. Eran los pequeños, los hermanitos, que se solazaban.

Antes de entrar en casa de *chá* Natalia, Pedro quiso anunciarse con una broma. Los chicos del pueblo al salir de la escuela, refidorez y alborotados, la mayor parte encuerinos y mocosos, encios de revolcarse en la tierra ensayando *luchas*, desgrefiados de las rifias á tirones y á pufietazos, á veces heridos en los lances malaventurados de las *quirreas* á piedra limpia, en mangas de camisa los más, calzados los menos, que corrían en bandadas, empujándose á golpe de puntera, entreteníanse unos en ir á echar barquillos hechos de pencas de turnera en las acequias, otros en revolcarse en las eras tirándose de cabeza desde los trillos en marcha sobre las gavillas de paja esponjada, y los más se dedicaban á hurtar frutas en las huertas trepando briosamente por los troncos de los manzanos, escurriéndose á lo largo de las ramas de los perales, escondidos siempre á las miradas de los guardianes por el tupido follaje de las hojas, pero de continuo asomaban sus cabezotas grefudas, sus ojillos avizores sobre las tapias del patio de la *chá* Natalia, y cuando

no podían sorprender en descuido las brevas maduras, apedreaban la loza de barro y perseguían á pedradas el gato que saltaba huyendo sobre las tejas de la casucha y sobre las vigas de la destechada cocina. La vieja renegaba de la chiquillería, y en acecho detrás de las tapiss del portalón, esperaba con su larga casta al primer curioso que se asomaba y ¡zás!, el golpe no se hacía esperar. Pero ¡Cristo! qué lluvia de piedras entonces!

Pedro quiso ensayar la broma, sintiéndose chiquillo también, y ¡pum!, allá dentro fué la piedra con suavidad, con propósito nada más que de hacer ruido.

—¡Maldito!... Si te cojol, gritó la vieja en el patio.

Pedro se echó á reír y entró por el portalón.

Estaba la vieja sentada junto al dintel de la puerta del cuartucho, bajo la sombra del alero que se proyectaba en el suelo, sobre una miserable estera, remendando unos trapos de desecho, con sus blancos cabellos al aire, y en los ojos los antiguos espejuelos

atados atrás. Al ruido de los pasos *chá* Natalia miró.

-- ¡Mi niño! ¡mi niño!...

Nada más dijo y se quedó abrazada á Pedro, llorando. A cualquiera otro daría asco sentir sobre su cuerpo los brazos de una pordiosera envejecida; pero algo inexplicable, atractivo y caliente, debían tener aquel traje negro pulcramente lavado, aquellas canas sugestivas, aquellos brazos que apretaban con tanta fuerza sin hacer daño, y hasta las lágrimas de aquellos ojos legañosos y ribeteados debían tener tal poesía y dulzura tan honda, que Pedro sintióse también conmovido y abrazaba fuerte el cuerpecito enclenque, que entre sus manos temblaba, convulsivo, con temblor de emociones.

Pobre era la casucha, pero se estaba allí muy bien. Dentro, en el interior, los suelos barridos, la loza blanca en el taller, la gota de agua cayendo en el *bernegal* fresco, recubierto de culantrillo, en un rincón la caja de cedro con abrazaderas y clavos de hierro, la mesilla al fondo con la tosca talla de

un Cristo, desmayado y exangüe, y entre cortinillas blancas, rizadas y recogidas con cintas azules, el lecho espongado con almohadones enfundados y el reboso de tersos encajes.

Y fuera, el patio con la higuera encanijada, cubierta de hojas, unos tientos con albahacas, y junto a las tapias la larga hilera de geraneos de distintas clases con flores de un rubio rojo y de un rosa destellido, y en el centro las gallinas sacudiendo sus alas y el gato tendido junto al *tosta lor*, durmiendo al calorcito del último rayo de sol.

Pedro estuvo largo rato con la vieja. El rostro demacrado y rugoso de ésta se había llenado de un resplandor de alegría íntima y su palabra tartajosa se animaba con unos tonos tan dulces, con unos dejos de tanto cariño, que nunca en otros días los había encontrado Pedro.

Había visto cómo Natalia nacer a doña Carmen, y en casa de don Miguel estaba cuando nació Rosarito, cuando nació Pedro. Como era el más pequeño fué el que más quiso. ¡Dios santo!, cuantos azotes y cuan-

tos besos le había dado. A ella le hacían mucha gracia las travesuras del muchacho. Entonces era rabiosillo y la arañaba; doña Carmen con azotes contenía las iras del chico, y *chá* Natalia, siempre tan cariñosa, loca de continuo por «su niño», lo acariciaba con mimos, lo ponía á cabalgar sobre sus piernas, le daba frutas y dulces para que estuviese contento, para que no la llegase á odiar. Ya siendo grande, cuando Pedro, al crecer, se convirtió en hombre, en ella también creció el cariño pero refrenado en sus manifestaciones por el respeto. Ya no podía trabajar y estaba en su casa arrumbada como un mueble inútil. Allí dormía, y para comer, esperaba sin pedir en las puertas de las casas donde las buenas almas la socorrían. A casa de don Miguel Giménez iba pocas veces á la semana, y eso que allí la refisan siempre porque no venía á todas horas. ¡No faltaba más! Ni por nada incomodaba ella á los señores.

También en casa de Vázquez había unas niñas muy buenas. Julita era con la vieja muy cariñosa; era un corazón de oro. Era cosa

de ver á la niña remendando los trajes desechados en casa para que los vistiese la vieja, y en la caja tenía bien guardados los zapatos que Julia le regaló, estropeados pero recosidos y lustrosos para que se los pusieran cuando muriese y con ellos la llevaran á enterrar.

A Pedro le llegó al alma esta revelación. En el corazón de la vieja se unían de nuevo Julia y él. No era sólo un amor de niño el lazo que los ligaba; hasta el cariño de la pobre mujer los llevaba siempre juntos.

A la despedida reanudó cómo Natalia los abrazos, y renqueando salió al portón para ver cómo iba camino abajo, andando de prisa, Pedro.

Sobre las cumbres caían las sombras de la noche y las casas del pueblo con las últimas luces de la tarde iban esfumando sus contornos, y de las chimeneas salía el humo desmigajándose en las alturas. Distráido marchaba Pedro, por el camino estrecho con casas á un lado y paredones de cercas en el otro, acercándose al centro del pueblo, y al pasar por la vieja casa de los

Vázquez, ya no salía por los ventanillos el rumor de los niños jugando al corro, y destacándose en el marco, en la indecisa claridad vió la cara blanca de Julia, sus ojos tristes y azules buscando los suyos, acodada con negligencia en el afeizar de tosca cantería, entre los festones de la madreSelva que colgaban enredándose en las paredes y sobre matas de geráneos y jazmine-ros del alto muro que subía hasta muy cerca de la ventana.

Dentro, una voz vibrante desafiaba los celos en las notas bravas de una *folia* isleña. Aquella voz recordaba á Adelina...

Paróse para saludar, descubriéndose. Y ¡qué contenta se pondría por la noche Rosarito cuando su hermano le contara la entrevista!

...Olfían las madreSelvas en la tibieza de la tarde.

VI

No se aburría Pedro en el rústico poblacho, y á pesar de la monotonía y soledad de la vida en el campo no echaba de menos el molesto ruido corteseano. No podía compararse de ningún modo el mareante zumbar de las gentes en las calles madrileñas con el rumor de los pinos dulcemente sacudidos por las brisas en las nativas montañas, ni el cielo ennegrecido por el humo de las fábricas en las grandes ciudades podía disputarle el nombre de cielo al lienzo azul, transparente y lleno de luz, de la tierra, que convidaba á volver siempre los ojos hacia arriba.

Gustábanle las horas de sol, y después de

la comida encaminábase á la plazoleta, detrás de la iglesia, y se sentaba al socaire de una pared ó sobre el poyo que circundaba el templo donde bolgaban los graves varones, los regantes desocupados, los jornaleros convalecientes de alguna dolencia, los labradores en espera de la hora de la *dula* con las azadas entre las piernas y el farolillo apagado á un lado, los viejos ya inútiles para las rudas faenas campestres, y allí ocioseaban en el corro oyendo las eternas disputas rurales sobre las lluvias, sobre las siembras, el roznar despellejando monterillas, descontentos de todo pero siempre apegados con brutal amor al surco y al terruño.

Algunos se tendían cuán largos eran sobre las losas recalentadas y allí se quedaban dormidos con el sombrero sobre los ojos, roncando al sol. Casi todos fumaban en las curadas pipas, y el corro siempre estaba animado con una charla viva y socarrona.

Gustaba Pedro de estos ratos de ocio. Distráíanle las conversaciones de la gente

campesina, y cuando el palique decaía era cosa de entretener los ojos en mirar las gentes que pasaban, tardas, perezosas, al parecer doliéndoles andar, y en ver el desfile de las mozas á cuerpo, destacando briosamente el seno capitoso y los flancos ondulantes, con las *tallas* en la cabeza, que venían de las fuentes, modoritas, con sus ojos lascivos pero el continente monjil. Cuando esto le cansaba entrábase de rondón en los tenduchos donde, sobre el mostrador sentados, hacían correr el vino los mozos jugando á las cartas. No había casino, y la tertulia diurna se hacía en cualquier sitio, donde primero se encontraba la gente reunida. Muchas veces eran asilo de los desocupados los ventorros, y otras los ociosos se metían en la cuadra del parador y allí, en el interior del coche desenganchado, junto al pesebre donde las bestias desalojaban sus vientres mal olientes, jugaban toda la tarde, á no ser en verano que preferían el sollado de un pajar en alto ó el duro suelo bajo la grata sombra de los grandes castaños reverdecidos. Así pasaban las ho-

ras, los días, los meses de esa vida de pueblo que llega á ser tan sugestiva cuando el alma se llena de sol y se satura del ambiente poético del campo, esa vida que llaman algunos monótona y triste porque no la han gustado, ni la han sentido.

Cuando Pedro no hacía esto, si le acosaban las ganas de pasear, sobre todo las tardes domingueras, montaba el potro vivaracho, piafaute, y se dejaba ir á la ventura, carretera abajo, por entre los chopos y los álamos, á mirar las muchachas sentadas en sillas de nogal al borde del camino y á las puertas de sus casas, bien peinadas, con flores en los cabellos, entreteniéndose al encontrar la gente joven espoleando y corriendo los caballos delante de las novias. Los días de trabajo muchas veces se dejaba caer por las eras alegrándole la chiquillería chillando sobre los trillos arrastrados por las yuntas, el canto de los aventadores que daban con el bieldo al aire la peja, y el grito animador, colérico, junto con el estallido de la tralla, de los jaleadores de la cobra, la hilera de caballos resoplando espu-

mantes, arrodillándose casi rendidos, en tanto las botellas circulaban para aclarar las voces y alegrar los espíritus, despavilando la soñera que producen los solajeros de estío.

Retornaba Pedro un día de la era, enclavada en una de las mayordomías de su padre, donde había estado solazándose en la trilla. Venía con fatiga. El polvillo de la paja aventada y el calor del sol, retostándolo todo, le habían mareado la cabeza y hasta el largo paseo á pie por los atajos le rindió las piernas. Sentóse á descansar bajo un alto nogal, al frescor del agua del regato que caía en la cantonera del camino. Parecía un sitio de idilio; uno de esos parajes de égloga pastoril, á donde, para más ilusionarse un alma de poeta, llegaba el són de la tosca flauta de caña que algún chico, guardando cabras, soplabá en medio de los castañares cercanos. Era un sonar dulce, quejumbroso, como el lloro de un niño, cuyo eco leve iba repercutiendo á través de todo el campo, como la voz de la naturaleza enamorada. Entretábase en mirar un hato

de ovejas con sus vellones blancos abre-
vando mientras los corderillos con retozos
alegres sesteaban. Después el rebaño mar-
chóse, no dejando detrás otra cosa que una
gran polvareda.

Llegaban ahora á la cuneta unas vacas;
las veía ir asomando una á una por el re-
codo del camino; hundían pesadamente las
pezuñas en la tierra, con la cabezota incli-
nada al suelo, andando fatigosa y lenta-
mente. Fueron acercándose y con las len-
guas rozaban el agua sorbiéndola. Pedro
vió llegar una mujer y en el corazón le
sacudió un estremecimiento de sorpresa y
de ansiedad. Era Petrilla la que conducía
las reses desyugadas, que venían, después
de la suelta, á abreviar en la cantonera del
Corralillo. Al pronto no supo qué decirle, y
la muchacha, al reconocerle, quedóse in-
móvil, clavada en tierra. Fué para ambos
un momento de indecisión. Petrilla no se
atrevíá á seguir y menos á levantar los
ojos.

—No temas, ¿no me conoces ya?

—Ay!, no me pierda su mercé...

—Pero, ¿qué dices? ¿Acaso no puedo hablarte?... Ya comprendo; por eso has estado huyendo de mí, no has querido volverme á ver.

—No; no es eso. Créame. Se lo juro por lo más sagrado, por lo que más quiera.

—Entonces será por tí, porque te sigo queriendo, Petrilla. Si te he estado buscando desde que llegué por ver si me recordabas, para saber de tu boca si aun me querías... ¿No te acuerdas de nada?

—No me hable, por Dios! Déjeme en paz. Ya soy otra. ¿No vé su mercé que soy casada? ¡*Celipe* es tan buenol... No me busque más, si no quiere perderme... ¡Qué desgraciada soy, madrita mía!

—Pero ¿crees tú que he dejado de quererte, que renuncio á tí?... Poco me conoces y mal has advertido la tenacidad con que te he de buscar. Volverás á ser mía porque yo no puedo vivir sin tí, sin poseerte de nuevo, sea como sea... ¿Lo sabes?... ¡Ingrata!... Ni que te costara trabajo quererme en silencio, como antes, volvernos á ver sin que nadie lo sepa. Mira, mujer, díme que

nos hemos de ver; no me dejes ir así, desconsolado y maldiciéndote.

—Por Dios!, que me pierdes! No se *allegue*, que pueda vernos y estoy perdida... Nos veremos... *aluego*... ¡No sea usted malo!

—¿Cuándo? Dime dónde y te esperaré.

—No sé; no sé... Ah! Virgencita de los Dolores, ¡lévame!

Y la muchacha temblaba, pálida como una muerta, sus ojos llorando, sus ojos que pedían piedad y que se iluminaban también con un rayo del antiguo amor que creyó desvanecido. Pedro tuvo compasión y la dejó ir, después que abrevaron las vacas, detrás de ellas, no sin antes exigirle que a la noche, con cualquier motivo, en tanto el marido roncaba boca abajo sobre el lecho, rendido de las faenas del día, saliera a los bardales ó se corriese hasta la era, próxima a la casucha en que vivía, en el altozano junto al barranco, para verse y hablar a solas, resguardados por el silencio y la oscuridad de la noche en los campos. Mientras todos dormían era posible verse de nuevo, y a esto no renunciaba Pedro. La

muchacha, medrosa y sobresaltada, accedió á ello, casi sin darse cuenta de lo que prometía; pero que no la persiguiera, que no la parase en los caminos á la vista de las gentes, porque ¡Cristo santo!, entonces sí que estaba irremisiblemente perdida.

Con el júbilo de la entrevista hurgándole dentro regresó Pedro á casa de prisa, y esperó que llegase la hora á propósito para la cita.

Después de cenar se echó á la calle y ahogando todo ruido de pisadas marchó hacia arriba para llegarle hasta la era y esperar escondido entre las pizas de los bardales la escapatoria de Petrilla. Había en derredor una oscuridad densa; las casas cerradas, en silencio, sin vida interior, sobrecogían el ánimo. Cuando iba calle arriba escuchó caer desde el alto campanario, allá en el fondo, los últimos tañidos del equilon, largos, concavos, dolientes en el toque de ánimas; después el golpe del portazo, y como un fantasma negro, á lo largo de la desierta calleja vió medio borro: a la silueta del sagristán sonando las gruesas llaves y el farolillo con

su luz oscilando en las sombras que daba la ilusión del triste paso del viático por los caminos.

Acercóse con precaución desliziéndose junto á las paredes de la iglesia sin que levantaran ruido los pasos, temeroso de que en los poyos traseros, algún regante nocturno, que esperara la hora de recoger el agua, le reconociera al resplandor del hecho encendido. Espió un momento, pero no viendo claridad alguna proyectándose en la plaza esta, avanzó entonces, cuesta abajo; pero, de pronto paróse. Allá en lo alto, en uno de los ventanucos del caserón de Vázquez había luz, una luz fría y pálida que salía fuera de los cristales, como con miedo, y que no llegaba á derramarse sobre el polvo del camino.

Ya comprendía Pedro. Estaba uno de los pequeños enfermo; se lo había dicho Rosarito. Siguió adelante, pensando que aquel momento veía también Julia, y casi la estaba viendo, solícita, melancólica siempre, á la cabecera del lemanito, en tanto el niño sacaba por entre las sábanas blancas

su mano mimosa para acerciar á la enfermera.

No se detuvo; cruzó el puentecillo del barranco, que clamaba lastimero en las peñas, y se acercó á los bardales de la era. Esperó con ansiedad largo rato. En la casa de la mayordomía todo estaba en silencio, pero en el cuartucho de Petrilla, por los intersticios de la puerta desclavijada salía afuera un hilito de luz. Estaban, sin duda, despiertos todavía. Y esperó, escondido entre las piteras, atento al menor ruido del campo, aguardando á que la luz se desvaneciera y á escuchar el débil roce de las maderas de la puerta abriéndose para dar paso á una mujer que avanzaría en silencio, á lo largo del patio y de la huerta, para venir á caer en sus brazos. La luz se fué débilmente apagando, como el centelleo en la mirada de un moribundo, con vacilaciones, parpadeando, desvaneciéndose poco á poco. Pero, ruido de puertas que se abrían no escuchaba. Sólo percibía en medio del silencio de la noche, desde su escondrijo, siempre en escucha, el ruido de los maiza-

les en los predios, levemente mecidos por auras pasajeras y carifiosas; de cuando en cuando el rumor de los árboles sacudidos sus ramajes, que gotean, por ráfagas de viento que pasaban; el lejano ladrar de los mastines vigilando en las eras, el cantar de los regautes en medio de los cercados que movían los hachones encendidos con fulguraciones siniestras; y cerca, en los aleros de la casa de labranza, el arrullo de las palomas diciéndose ternezas en los nidos, arrullo tierno, sensual y epitalámico que parece amores de la noche, cariños del campo, y dentro en la mayordomía, donde todo parecía dormir en la quietud nocturna, Pedro escuchaba el dulce vaiven, el golpe rítmico de la cuna meciendo un niño y la voz lánguida, cantando el arrorró, con que la madre lo dormía.

Nada más escuchaba; nadie salía...

VII

Buen día se presentaba. Nada tan hermoso como el domingo en el pueblo, cuando hay sol: el aire es transparente y perfumado, las mieses dan tonos verdes á los campos y los árboles reverdecidos revelan la juventud renovadora de la naturaleza, siempre fresca, siempre espléndida, como mujer. Parece que la luz sonrío, que el viento canta, que la tierra sacudiéndose es un recién nacido, un niño desahogándose con los primeros anhelos de la vida. En los domingos, suspendidas las faenas del campo, los hombres se encierran en sus hogares á vivir y á amar, y allá queda la madre tierra, solitaria, abandonada, como viuda

que llora, mirándose en el cielo; tal vez sobresaltada con carifios y con pudores, como madre que siente el latir de un nuevo sér en sus entrañas; quizás curándose en el reposo de un día los arañazos del arado que no la deforman, que la hacen más bella, porque es como el rosal que la herida del hacha la cubre de flores.

Era domingo. Sonaron las campanas repicando. Salían de misa las gentes, y desparramábase la muchedumbre por las calles, chismorreando, ya en los ventorros, ya en los corrillos de la plaza, en un revuelto montón de mantillas blancas y negras, que más tarde se disgregaba y aparecía de nuevo en las veredas de las caserías, perdiéndose á lo lejos, esfumado la nota roja de los zagalejos mujeriles y que ondulaba en las faldas de las montañas y las cortaduras de los cerros distantes.

Pedro en la puerta de la iglesia, había presenciado el desfile de las muchachas á la salida de las misas de alba. De noche aún había llegado al templo, cuando el esquilón, con sonidos lentos, tocaba á *dejar*, mucho

antes que el monago, asomado al ventanillo de la sacristía, llamara á los rehacios y charlatanes, agitando la campanilla carifiosa y al mismo tiempo reñidora que daba el último aviso casi enojada. Así vió pasar, como fantasmas presurosos, las mujeronas envueltas en sombra, con el rostro escondido entre los pliegues monjiles de la mantilla, arrebuñado en los sobretodos, resguardándose del frío madrugero, ya apagados los hachos, muerta la triste luz de los faroles. Corría un airecillo helado y en los corrales, en los patios vecinos, los gallos cantaban el día. Al terminar la misa, al salir afuera, todo había cambiado. La claridad aurora!, dulce como el mirar de una niña, esparcíase en derredor, mal coloreando los edificios con las inciertas vacilaciones de la luz y en lo alto las campanas locas chillaban con júbilo, como alondras que despiertan al alba. Comenzaron á salir, atropellándose, los hombres con la burda camisola y el calzón corto, los viejos, los más entregados al terruño, y á la antigua usanza, con el olor á establo pegado á las ropas y luego,

chismosillas, enredadoras, asustadizas unas, levantiscas las otras, desfilaron las mujeres. Venían las jóvenes con los trajecillos almidonados y crugientes, despavilados los ojos, lustrosas las caras lavadas en el agua de las acequias, y las ancianas con malos trapos, medio dormidas, legañosas, acansinadas, arrastrando los holgados zapatones sobre las losas, persignándose todavía al trasponer el cancel del templo. En el revuelto mantón y apresurada, sin mirar á ningún lado, Petrilla había salido con las mozas de su barrio. Pedro, al verla, sintió coraje por tanto desvío.

Ahora salía Rosarito, revolviendo en sus manos el devocionario y en la puerta misma encontrábase á las de Vázquez. Saludáronse las chicas con besos, y Pedro acercóse al grupo para ofrecer sus respetos. Al dar la mano á Julia notó en ella leve temblor. Bajo la mantilla, con el aspecto ascético que prestaba la sombra de ésta á su cara eternamente triste, anillábase los visillos de sus cabellos rubios, y con el rosario arrollado en las manos, alta, pálida, desmayado

el mirar de penas, destacándose el blanco de la toca sobre el negro de su falda de lánilla, tomárasela por la imagen de la Dolorosa bajada de la hornacina y sacada sobre las andas, en procesión, á las calles no en la enlutada noche de Viernes Santo, sino en la poética mañana de su domingo de Resurrección.

Charlaron las amigas largo rato. El pequeño estaba convaleciente. Ya correteaba por la huerta y con los niños jugaba al corro en el patio, á las horas de sol. Al despedirse, ya estaba todo convenido. A la tarde irían de paseo al Charcón. No falten!—les decía Rosarito al alejarse, volviendo á saludarlas desde lejos con el abanico.

Buenas se las prometió Pedro por la tarde; no era de desaprovechar la ocasión de acercarse á Julia, y cavilaba cómo desahogaría, á solas con la muchacha, aprovechando un momento, los remusguillos de amor que há tiempo desvelaban sus sueños y le habían puesto á mal traer su pensamiento y su loco corazón. La verdad era que la chica se le había metido de rondón dentro, y

allí estaba noche y día sin querer salir, creciéndose en los ratos de insomnio, dulcemente sugestiva, y lo peor era que rasguñábase en la entraña la tristeza incomprensible que fluctuaba en aquellos ojos húmedos, y venía á la postre á caer en lo más hondo de su sér, amargando las alegrías y vanidades de la vida.

Parecíale el día muy largo. Después de comer, esperando á la caída del sol, que llegasen las horas del paseo, Pedro quiso matar el aburrimiento y distraer la ansiedad departiendo con los viejos en los poyos de la iglesia, que por ser domingo presumía estuvieran extraordinariamente concurridos. No era así. Unos cuantos dormitaban, apoyados con las espaldas en los muros, con la cabeza caída, amodorrados de la solera. De abajo, del fondo del barranco, subía un rumor de muchedumbre y sonaba gutural, despavilante el *jajuil jajuil* de los boyeros. Curioso y displicente acercóse á la entrada del camino para ver lo que pasaba. ¡Qué gentío! Revolvíase éste apelambrado á los lados de la empedrada vía, y cuesta arriba los gran-

des bueyes, los mejores de su casa y los mejores del pueblo, de buen talante, fornidos y potentes, alentados por el grito de Felipe, el criado, sangrando las ancas al picar de las agujadas, ascendían lentamente y sudando al tirar de la pesada piedra de molino que descansaba sobre la corza, y detrás, de respeto, esperando á que se les pidiese ayuda, en aquella disputa de fuerzas, caminaban sacudiendo con indolencia sus colas las yuntas robustas de otros ricachos. Era difícil el paso, casi imposible el arrastre hasta la altura de la corza, con la mole granítica, por un par de reses, ni aún dándoles un respiro. Los curiosos comentaban á voces los riesgos de la empresa, dividiéndose en bandos reñidores, en corrillos caldeados en la controversia, cruzándose las apuestas, agresivos en el tono de los esperanzados, y entre burlas y donaires trasluciendo la desconfianza los labriegos la linos y socarrones, escupiendo y chupando los cigarrillos.

Como cortejo de entierro, la chusma seguía detrás de la corza, sudando también

como si ayudase con el hombro al tirar desesperado de las reses, pausadas, gallardas, solemnes, avanzando por la pendiente áspera poco á poco. Crugían tirando las cuerdas amarradas al yugo y á los argollones de la corza; resollaban los bueyes fatigados del rudo ascencimiento, mirando al suelo, donde, sobre los pedruecos, las maderas rechinaban deslizándose á tirones brutales.

Felipe picaba en las ancas de las reses y las encaminaba con el *sajuil sajuil* que da temple al coraje como un grito de guerra, y suavizaba de pronto el tono rudo de su voz llamando al centro á *Relente* ó á *Cachorro* desorientados en los empujes, en los esfuerzos, ansioso el muchacho de triunfar, con sus animaluchos, como si por esto le fuese á coronar de gloria el populacho.

Ya llegaba, ya estaba vencido el largo repecho, y al ganar la cima, la muchedumbre resopló con un inmenso respiro, igual que los bueyes, triunfadores y cansados. Felipe junto á la yunta victoriosa miraba á todos lados, hinchándole el alma un orgullo de héroe tosco, cubierto de tierra, bizarro en

su continente humilde, como un caudillo dueño del campo de batalla. Palmoteaba en las ancas de los bueyes, ensangrentándose las manos calloras al pasarlas por las heridas que abrieron los pinchazos de la aguijada. Los bueyes ensanchaban sus vientres, al respirar, como si también les hinchara la vanidad del vencimiento. Y luego, estremeciéndose sus carnes, bajo la piel ligeramente sudada, sacudían sus colas como saludando el séquito que las admiraba entusiasmado. Oyendo estaba Pedro, bien mediada la tarde, los comentarios sobre el suceso del día, el triunfo de los bueyes de su padre, en medio del corro compacto de campesinos quienes hablaban á voces, manoteando agriamente, cuando por la calle descubrió la comitiva camino del Charcón y en ella Rosarito que le buscaba afanosa con los ojos entre la multitud discutidora que invadía la plaza. Al instante uniéronse y continuó la marcha. Delante iban las muchachas, las tres cojidas por el brazo, sin tocas en la cabeza, libres y brillantes las cabelleras bien peinadas, donde había rosas, con las

blusas y faldas de colores, de telas claras y ligerísimas que marcaban perfectamente las ondulaciones de sus cuerpos. A corta distancia marchaban detrás las señoras. Doña Carmen y una tía de las Vázquez, solterona ésta impertinente, entrada en años y carnes haldeando pausadamente, con los chales negros despenándose desde los hombros sobre los vientres obesos, alñadas y al descubierto las crenchas entrecanas, trenzadas y sujetas en extraño rodete sobre la nuca. Resguardábanse del sol bajo las sombrillas, y caminaban por las calles con cierta rústica solemnidad de lugareñas, emperregiladas, devolviendo los saludos de las gentes jornaleras que encontraban, con enfático aire señorial de damas.

Salieron fuera del pueblo, y en pleno campo, por el camino polvoriento, entre bardales y cercas, avanzaban en demanda del Charcón, molestas aún con los últimos calores de la tarde. Algo cansadas iban las señoras, pero al aproximarse, marchando ya á la sombra de las montañas, en cuya clave nace el agua, sintiéronse fortalecidas

por el frescor del paraje, y más animadas, respirando mejor, llegaron hasta quedar sentadas sobre los duros peñascos. Las chicas no cesaban en la charla. Adelina y Rosarito no contenían el buen humor, y eran capaces con sus risas y bromas de volver loco á un santo. Pedro había invitado al médico, chico joven y listo, con quien notaba que su hermana entretenía los ocios algunas tardes desde la ventana. Por el pueblo corrían voces de que entre la hija del cacique y el médico se tramaba algo parecido á un noviazgo. ¡Váyalo usted á averiguar!

Se estaba bien en el *Charcón*, y era sitio de paseo obligado los domingos para el señorío rural. Nadie más osaba permitirse lujo tan barato.

Había sombra y frescura. Las montañas abríanse en dos alas, extendiéndose en forma de herradura, y dejaban ver así en las altas cimas, en medio de los tunerales, blancas casitas rústicas, con olivos y palmeras circundándolas. Crecían entre las grietas rocosas las largas piteras y los car-

dos salvajes, como defendiendo de un escallo, las viviendas en alto que jugaban al escondite detrás de los picachos, como chicos traviesos, ora asomándose, ocultas otras veces, según el sitio desde donde se las miraran, como si ellos fuesen los encargados de vigilar la soledad en que estas se envolvían, coquetas y poéticas, riéndose desde arriba, siempre cubiertas de sol, de la sombra húmeda de abajo. ¡Pero ¡cómo se equivocaban! Desde las alturas no podían envidiar, porque no alcanzaban á verlas bien, las bellezas del fondo. Esquivas y altaneras las casuchas habían vuelto las espaldas con aire de desdenes, no dejando ver, por acá, las puertas y los ventanicos, ni el parral delantero, celosas de que el barranco pasase entre ellas, rezongando y burlón, arrojando desde arriba, como gallarda cascada, sus aguas en la charca presumida de abajo, para reunirse con las otras, con las que en las entrañas de la gruta, brotaban en muchos chorros, quisquillosas, saltoncillos, entrometiéndose por enmedio de las peñas, escurriéndose entre helechos y culantrillos,

y besarse y abrazarse confundidos revolcándose sobre las piedras del álveo, enamorados, parlanchines, escupiendo á las casuchas de lo alto, en tón de desprecio, salpicaduras de espuma. Mas luego, las aguas, como avergonzadas del impudor de sus nupcias al aire libre, en lecho de guijas, sahumadas con olores de violeta y de retamas, ó tal vez temerosas del coraje de las casuchas que en venganza echaban á rodar la dera abajo piedras para golpearlas y ensuciar la transparencia de las língas, albas y virginales como traje de novia, huían á la desbandada, separábanse con un último abrazo de retozo, y el barranco, bravucón y desvergonzado siempre, seguía por el fondo de la cañada sin resguardo, á pecho descubierta, á pleno sol, mientras las aguas de los chorros se escondían bajo las escarpaduras de las rocas, deslizándose sin ruidos por el cauce de la acequia, tímidas, ruborizadas, recatando de miradas insolentes la desnudez de vírgines violadas, con las hojas de las grandes flámeras y escondiéndose al socaire de las zarzas y las yedras que

las protegían en su faga ruborosa y sobresaltada sin más pego que dejarlas en sus ondas bañarse. Pero ¡buenas eran las casucha! Todo lo adivinaban por las risas cosquillosas y el estallar de los besos, misterios del amor á hurtadillas con que se entretenían un rato los enemigos abajo, y blancas, con cara truhanesca, cuando las daba el sol, yo digo que se reían.

Sobre los peñascos, á orillas de la charca grande, estaban todos sentados. Adelina con inquietud graciosa de continuo, no podía dominar su carácter, y hacía diabluras, tiraba piedras en la charca para mojar á todos con las salpicaduras del agua. Julia refíala y cuando el brazo de la chica desobediente arrojaba de nuevo el guijarro, parecía abstraerse en mirar la onda ensancharse como un corazón desahogando penas, mientras que el agua, como éste, callábase ante el golpe, y guardaba el ultraje en el misterio del fondo silencioso. Parecíale el agua, sin duda, un alma grande. Ahora teniéndola á su lado, encontraba Pedro á Julia soberanamente hermosa é interesan-

te, con el mirar de palomilla herida de sus ojos neblinosos, su cabellera magdalénica, blonda y espléndida, derramándose suelta sobre la espalda, y el reposo de sus manecitas marfileñas, coloreadas por la sangre, siempre entrelazándose sobre la falda en actitud resignada, nunca abiertas, como de quien nada espera.

—Anda; adorable loquilla, préndelos en la cabeza, —díjole Pedro á Adelina entregándole los helechos que había cortado. Púsose los éta en los cabellos como una guirnalda, y en seguida Rosarito imitóla, y ambas, núbiles, hermosas, con los penachos y las coronas de helechos sobre las sienes, eran, bajo la sombra de las peñas, donde colgaban sus festones las yedras, hacia el fondo de la gruta, destacándose detrás del polvillo de agua luminoso, la evocación de una pastoral helénica, un madrigal al vivo y por extraño medio parecían resucitar los viejos tiempos de belleza clásica en las figurillas toscas de las dos Ingareñas.

—Pues venga ahora, mi señor, que quiero pagar deudas —decía Adelina á orillas de

la charca, donde metía sus manos, y en las concavidades de éstas sacaba el agua que escurriase entre sus dedos.

—Beba usted, hombrón.

Pedro quiso acercar los labios y la muchacha, antes que éstos llegaran, vivaracha y traviesa, dejaba caer el agua al suelo. Disculpábase en seguida con un mohín angustioso, como de pesadumbre, que estallaba después en risa retozona y maleante.

—Vamos, niñas, que ya es tarde—dijo al fin D.^a Carmen.—Me parece que ya ha habido fiesta.

Intimó la orden de volver, y aun lucía en los cielos claros de últimos de julio un sol magnífico, muriéndose lentamente, como si le doliera despedirse de la tierra al verla tan hermosa, cuando por el mismo camino, la expedición retornaba al pueblo.

No se sabe cómo, pero ello fué que al comenzar la jornada de regreso, Julia y Pedro encontráronse andando, juntos y solos, delante de los demás; que en el fondo del alma del muchacho cayó la dulce mirada de los apasionados ojos de la chica eterna-

mente tristes, como claridad de luna, ahora en pudorosa turbación envueltos, pero cuya luz Pedro sintió mariposear desmayada sobre el ardiente mirar de los suyos, que la buscaban con pasión; al verse solo, Pedro empezó á decir, como una improvisada oración del alma, cosas que hicieron suspirar conmovida á la niña; que primero la sobresaltaron con miedos candorosos, después la enrojecieron con pudores divinos, hasta que á ésta le entraron casi ganas de llorar.

Aun no se conoce cómo fué, ni importa profanar estos misterios de los espíritus enamorados: pero antes de internarse en las callejas del poblacho, aun en el campo y con sol, Julia movió sus labios mimosos, diciendo en un suspiro:

—Sí! ¡Te quiero!...

Al mismo tiempo las campanas en la torre-cilla volteaban locas cantando alborozadas con un repique de bautizo.

En la tarde serena del cielo descendía la gracia divina; para unos eran aguas de perdones, para otros rocío de amor. ¡Las almas resucitaban!

VIII

Estamos á 5 de Agosto. Ha llegado, pues, la romería de las Nieves en Pajonales, la tradicional fiesta á la que concurre en numerosa procesión la gente de casi todos los pueblos de la comarca. Desde la víspera, durante todo el día, por Vallesalegre habían ido pasando los ranchos de romeros, á pie y á caballo, y los feriantes con las recuas cargadas de mercancías, unos con los tercios de tinto sobre los mulos, los otros con las gruesas cestas repletas de calzado y pan oliente en lomo de las caballerías, y las baratijeras de la ciudad reventando con los petates de chucherías los pacientes borriquillos que renqueaban fatigados.

La del alba sería cuando despertaron á Pedro. A la puertz de su casa, piáfaban impacientes los caballos escarbando con los cascos en el suelo, haciendo cabriolas, empinándose ariscos y gallardos. Esperábanle los camaradas para emprender el viaje, aprovechando la dulce calma matinal, el fresco ambiente de la mañana, antes que el sol de Agosto, agresivo y cruel, retostara la tierra é incendiara el aire.

Poco tardó Pedro en montar en su potro, y unirse á la comitiva para emprender la marcha, al trote, por las calles, y luego á galope por el accidentado camino real que llevaba á Pajonales.

Presentábase hermoso el día. La luz de la alborada cerníase sobre los campos, que despertaban húmedos como si la noche hubiese llorado al verse sola, y las lejanías se destacaban primorosamente, cerrando el horizonte, azul á trechos, color de rosa hacia oriente donde el sol anunciábase con los primeros destellos pálidos, inciertos. En el fondo de las cañadas y los valles, en las arboledas de las cimas montañosas adver-

tíase el lento rumor de un desperezo, de una vuelta á la vida, balando las ovejas en los sotos, mugiendo las vacas estacadas en los predios, en los grandes cercados donde verdeaban las habas crecidas, ó á la sombra de los castafios, en los improvisados establos para pasar el relente nocturno junto á los mamones becerrillos, saltones y ariscos, en los caseríos colgados en las montañas, al pretil de los cerros distantes, en las cuevas habitadas, con blancas orias de cal en las puertas, renacía la vida del campo, las mujeres cantaban con los haces de avena sobre la cabeza, y se escuchaba el desgafitado gritar de los chicos, en camisa, por los corrales y las cercas llamando las cabras y los perros. Por donde quiera que se pasaba, y á lo lejos en los caminos y en las veredas que, partiendo de otros pueblos escondidos más allá de las cumbres peladas, serpenteaban en curvas gráciles, escalando las alturas y descendiendo en loca trayectoria, ya escurriéndose por las cimas, ya escondiéndose en las revueltas de los valles, mirábase los grupos de mujeres, las cuadri-

llas de romeros en marcha, con ramos en los sombreros, con las chaquetas al hombro, disparando al aire cohetes, y las parrandas de la gente alegre tambaleándose medio ébrios, haciendo chillar los acordeones gimientes y raegueando las cuerdas de la guitarra con preludios de cantar. Trotaban las bestias cabalares por los caminos con los ginetes sobre las monturas, relinchaban piafantes los potros, indómitos y fieros aun al borde de las veredas, en lo abrupto de los despeñaderos, á orillas de las grandes simas, seguro el paso, altanero y erguido el cuello, tascando el freno y revolviéndose desasosegados al arañar de las espuelas sobre los ijares. Las labriegas iban montadas en toridas yeguas y con su caballerango delante conduciendo las bestias por las riendas en los pasos de peligro, cuando descendían en zig-zag por los montes y las veredas, y otras en malos jumentos, de andar menudo y lijero, que los espoliques animaban por detrás sacudiéndoles en las ancas con sus varas. Chillaban las mujeres con gritos histéricos cuando las re-

ses resbalaban sobre los chinarrros de las veredas, y asustadas pedían á voces el apeamiento en los trozos de peligro, al bajar las cueetas con grandes baches, donde saltaban desesperados los animales, inseguras las piernas, sin ver en la larga pendiente más que los peñascos descarriados, los cantiles medrosos, y abajo, en el fondo, donde la vista se pierde, los charcos de las aguas mansas, las sobras de las barranqueras de invierno, ya verdosas y hediondas, con los cañaverales erguidos y moviéndose al viento. De tarde en tarde, á la vera de los caminos levantábanse las tapias de las aisladas alquerías, y en sus bardales los perros ladraban furiosos á todos los caminantes. Algún viejo, más apegado al terruño que amante de fiestas, trabajaba con la azada, sin levantar la vista del suelo, como si en el surco estuvieran todos sus amores y todas sus alegrías y no levantaba los ojos ni aun para ver las farándulas contentas que cerca pasaban cantando y anunciando con cohetes la fiesta. Estos viejos tan callados, tan abstraídos, parecían cartujos labrán-

dose la fosa, bajo el castaño que conocieron de niños, junto á la querida casita, para sentir siempre los pasos de los nietecillos cuando corrieran por el campo.

Llegaron á Pajonales Pedro y los compañeros. Bajo los grandes castaños, en los gruesos troncos, á la sombra del ramaje espeso, donde estaban todas las bestias de los romeros y feriantes, dejaron los caballos sudados, con las sillas puestas, floja un tanto la cincha para que respiraran en completa libertad los vientres, ensangrentados de la espuela.

No había que desaprovechar el tiempo y era preciso recorrer todo el campo, desde los castañares donde los traginantes de reses concertaban los tratos, corriendo en prueba los animaluchos en el llano polvoriento, hasta la ermita, pobre, tosca, con su cruz de remate y en mala espadafia el chillón cimbalillo, con la casa solariega detrás, mostrando su amplio corredor descubierto, y abajo, en el patio, las bestias amarradas en los postes, las bestias de los parientes cercanos de los amos del cortijo de Pajo-

nales, único en el paraje solitario, como anacoreta retirado al desierto. Allí, junto á las paredes de la cerca cortijera, á ambos lados de la iglesia con la puerta abierta, donde entraban y salían rezadoras las mujeres, algunas avanzando de rodillas hasta el altar desde afuera sobre el suelo enchinado sin dolor y sin fatiga, con inmensa expresión de piedad en los ojos llorosos, cantaban y disputaban los borrachos en los ventorrillos, cubiertos con sábanas blancas prendidas en las cañas, y en el fondo la mesa con los dulces y botellas, las piedras donde se sentaban los hombres á tocar y á beber, y fuera los braserillos donde en las sartenes freíanse los pescados mal olientes el aceite recalentado y humeante. A los lados también estaban las cajas de turrón abiertas, enseñando la dulce mercancía, y bajo el descomunal paraguas azul, sentadas en los bancos de tijera, afanábanse las vendedoras, descocadas y charlatanas, casi todas obesas, en ensordecer el aire al pregón de ¡Hay de azúcar!... ¡Los de gofiol! ¡Hágame la feria!

La muchedumbre interrumpía muchas veces, un momento los cantos, sustituyéndolos por los gritos. Las mujeres escondíanse en los ventorrillos, escalaban los paredones de la cerca, exhibiendo al sol las piernas al saltar, y los hombres corrían por la llanura, coragientos, dando voces, increpándose con interjecciones brutales. Movían estas algaradas estruendosas, y con tanto ruido se dispersaban las gentes, ya cuando un caballo garafón, indómito, relinchando embravecido, rompía las riendas ó desgajaba las ramas á que le ataran, y rápido, ciego, escapaba por el campo en busca de las yeguas, perseguido, coceando, arrojando por el anca la silla ó la albarda, atropellando todo en su carrera, ya la rifa de los hombres en bandos, que se venían á las manos, por celos de amor, por suspicacias de ébrio. Siempre comenzaban del mismo modo estas reyertas. Primero los hombres, con heroica valentía arrojaban á un lado los cuchillos, y venían los puñetazos brutales, el golpear con coraje en un duelo á muerte, hasta sangrar las caras, y después de inter-

venir los compañeros complicábase la disputa, renacía la lucha, agria, desesperada, crujían los palos, astillándose con los golpes, caían las piedras magullando cabezas, y amasábanse en sangre los cabellos, rasgábanse las telas con ruido áspero y el grito, el ronco grito de un herido al relucir al sol la hoja brillante de un cuchillo, grito breve, seco, de maldición y socorro, dispersaba al instante los contendientes. Todo terminaba.

A la sombra de los grandes castaños de grueso tronco, bajo el ramaje tupido de los neofiosos, en medio del corro de curiosos, la gente moza bailaba, al són de la guitarra quejambrosa y de los tiplillos chillones, que marcaban con compases graciosos, lentos, desfallecientes, las folias isleñas, de giros graves, luciendo las chicas los talles deformes al agitar los brazos en alto y arquear los torsos en las vueltas pausadas. A un cantar de mujer, que terminaba con un largo gemir de las cuerdas, respondía otro más enamorado y galanteador á su manera de un mozo. Malo era que cuando la copia

sonaba, alguno *quitase* el cantar preluando otro, porque ya se sabe que era aceptado el reto incontinenti, y el desafío se llevaba á cabo, brutal, y á veces sangrientamente inhumano.

Ya habían visto Pedro y los amigos la fiesta. De baile en baile, pasando de ventorrillo á ventorrillo, había transcurrido para ellos alegremente el día, bebiendo copas, zarandeando los cuerpos al danzar, á la vera de muchachas sanotas y frescas, tocacas pero bellas, como salvajes flores de monte. En la fiesta había mucha gente conocida; la mayor parte de las muchachas del pueblo, del pobre Vallealegre, y mozos de los lugares vecinos y de los pueblos distantes, que charlaban, comían, divirtiéndose alegremente, bailando en los corros, muchas de *moceo* con los novios, en pláticas honestas, en que desahogaban sus que-
reres.

Pedro había bailado con Petrilla. Por cierto que estaba incitante y hermosa, congestionado el rostro por el calor del día, alegre de humor con la alegría de la fiesta.

Aprovechó la ocasión, y de nuevo hablóla de sus amores rabiosos, pidiéndola otra cita, no pudiendo dominar la inquietud de poseerla, que era, en verdad, más hambre de la carne, que *sed del espíritu* y querer del corazón.

—Saldré cuando pueda, contestó en voz baja la mozuela, á punto que otro la invitaba á bailar.

Bailó ésta. Pedro quiso obsequiar á Petrilla y á *Celipe* y los hizo acompañarle á una ventorrilla. Allí fué el pedir dulces para la chica y copas para el marido con esplendidez rumbosa, como si con estos agasajos pagara la promesa de la una y borrara cualquier amago de desconfianza en el otro. ¿Qué tenían de particular estas galanterías á la vista de las gentes? Servidores de la casa eran, y bueno estaba un poco de atención con ellos, esclavizados siempre y sumisos al servicio de los señores.

Corriendo el vino estaba por cuenta de Pedro, y la ventera no cesaba de llenar copas con prodigalidad egoísta. Buen gasto hacía el caballero.

¡Ahí viene esel, dijo uno, y escurrióse de la ventorrilla, como si algo malo barruntara. Dando traspies, despechngada la camisa, caídas las greñas revueltas sobre los ojos, desliada de la cintura y arrastrando por el suelo la roja faja, punteando con torpes dedos la guitarra, que cantaba incoherente, tartamudeando, como si estuviera también borracha, avanzaba un hombrecillo moreno, de mirar enfoscado y fiero, recio el bigote, sucias las ropas con manchas de tinto, abriéndose paso entre las gentes á codazos y empujones. Era *Pacorvo*, el bravucon de Argual, que no había de faltar á ninguna fiesta. y en todas refir, para retornar á casa mal herido sobre su asno. Al entrar en el ventorro, callaron todos.

—Écheme una copa.

Sirviéronle el tinto que llevó á los labios; después con un mohín de asco, rompió en el suelo el vaso, arrojándolo con fuerza, y las salpicaduras del morapio mancharon la falda de *Petrilla*.

—Cuidao, amigo, que no llueve, con áspero tono le dijo *Celípe*.

—Con usted no vá ná, compare. Venga vino! Al dárselo, encaróse con Pedro, y alargó la mano con la copa, ofreciéndosela.

—No; gracias. No bebo—contestó éste en tono de agradecimiento.

—Beba ¡jinojol! ¡No faltaba más! ¡A mí! ¿á mí desairarme?... ¡Buenos los había de tener! Y éste no tiene cara donde aguantar una *gofetá*. ¡Si no es ni un peaso de hombre este berijas! No gusta? Pos ahí vá.

Rociándole la cara y la ropa sobre Pedro cayó el líquido rojizo y apestante, agrio como el vinagrillo. Rápido, colérico, mientras el matón reía la gracia, y le empujaba burlonamente sacudiéndole por los hombros, el muchacho asió la guitarra y la astilló sobre la cabeza del borracho, que al verse agredido, fiero y talmado, de un pufetazo hizo tambalear al chico, cuya nariz comenzó á sangrear copiosamente. Entonces la manaza de *Celipe* sacadióse en lo alto, sonó un golpe seco, y *Pacorro* caía al suelo derribado, al mismo tiempo que el jastallote, hercúleo, formidable, con su mormó-

nico rostro transfigurado, centelleantes de ira los ojos, como los de una fiera hostigada y brava, hincaba la rodilla sobre el pecho del vencido y con rabia, con brutal coraje, golpeábale en la cara, machacándola, rasguñándola, mientras debajo, el cuerpo preso, inmóvil de *Pacorro* hacía esfuerzos por escabullirse forcejeando desesperado.

Cuando el bravucón entregóse sin bríos, herido y magullado, vergonzoso del ultraje, más que dolorido de los golpes, *Celipe* lo dejó, desfogada la ira.

--¡Pa la trolé!, dijo, y fuera del ventorrillo salió, tirando del brazo á su mujer, á quienes seguía Pedro, limpiándose con el pañuelo la sangre de los arañazos en la cara. Era necesario marcharse.

Reunióse pronto con los amigos, tímido y asustadizo por temor á que el bravucón rehecho volviera de nuevo á buscarle, y sin demora, apretó la cincha al potro, escaló el estribo, irgióse en el armón, y á escape picando con la espuela en los ijares, entróse en la vereda, de retorno al pueblo, cuando

ya comenzaba á declinar con dulces sombras la tarde. *Celipe* y *Petrilla* también regresaban á pie, y á las espaldas los dejó el señorito al pasar.

Atrás quedaban también los castañares, donde relinchaban los caballos impacientes; las turroneas bajo los amplios quitasoles azules; las ventorrillas blancas, en cuyo interior todavía se quejaba con los últimos arpegios cansados alguna guitarra, y la ermita, pequeña, cerradas las puertas, con la cruz por remate y el loco cimbaillo volteando en la espadaña en són de despedida.

IX

Ya se habían agostado los rastrojos para las vacas en los cercados del pueblo. Hacía tiempo que muchas reses pastaban en las cumbres, porque abajo, en el llano, no quedaba ni una mala yerba, y el ganado de don Miguel, que había consumido las habas abrileñas, necesitaba también escalar los terrenos eriales en las lomas de los altos montes para entretener las hambres, rumiando, bajo el sol agostizo, las raquílicas matas de lentejas. Partieron un día. Detrás de ellas, pastoreándolas marchó Celipe, el boyero, con provisiones en el zurrón, para la larga jornada. Cuando ascendía por las veredas, escalando las abruptas montañas,

todavía escocíale en el alma la despedida de Petrilla, sin adioses y sin lágrimas, seca, pero amorosamente intensa, y la nostalgia enredábale dentro con el dejo vivo en su corazón del *¡hasta la vuelta!*

¡Cuántos días arriba ausente! Ya llevaba, después de la salida, tres ó cuatro de vida de pastoreo, cuidando las vacas que pastaban, aburrido, en la compañía de los demás boyeros.

No se estaba mal arriba. A las incomodidades de la cueva, al dormir sobre los haces de paja, al solearse de día sobre la tierra requemada, al mal comer, estaba acostumbrado; estas cosas no le hacían mella en el cuerpo. Pero el pobre, sentía su espíritu inquieto.

La pícara voluntad se le rebelaba algunas veces, deseando incumplir sus deberes de vigilancia, y bajar al llano, entrar de repente en el cuartucho, sorprender á Petrilla cosiendo á la puerta, y darla nada más que un abrazo, pero un abrazo muy fuerte, y enseguida volverse arriba, para repetir la misma jornada á la noche siguiente. Y así, to-

dos los días. Pero ¡qué diablos! no podía ser; no era cosa de dejar sueltas y sin custodia las vacas, que ariscas, revoltosas, podían despeñarse por aquellos desfiladeros. ¡Qué diría el amo! No; era necesario vencer toda tentación; ahogar todo mal deseo. ¡La abrazaría mucho á la mujer cuando llegara el día del regreco!

El pensamiento loco y rebelde, es el que no podía dominar. Estaba siempre en la tierra baja, revoloteando de continuo cerca de lo suyo, mirando siempre abajo, al caserío, que desde la altura parecía tan distante, que casi era imposible verlo.

Muchas veces, así que podía, *Celipe* se acercaba á los picachos de las cumbres, no para ver los vallecillos verdes, minúsculos y pintorescos en las cañadas, en las gargantas de las sierras, sino para distraer los ojos y el alma, cuando alcanzaba á ver, en las tardes serenas, alzarse el humo sobre las casas de las barriadas donde situábase su vivienda y creía ver salir de la cocina de ésta la humareda azulina, que subía, subía á lo alto. Era lástima no poder volar para

descender al llano y comer allí algo caliente á la vera de Petrilla. Cuando algún cuervo, batiendo sus negras alas, pasaba sobre su cabeza, y revolando bajaba á la llanura distante, entrábanle envidias incurables.

De noche, muchas veces, después que el más viejo de los pastores, con voz gangosa, ante el rancho de boyeros rezaba, entre eructos, el rosario, en vez de acostarse y dormir, aprovechándose del silencio de la noche sobre las desiertas cumbres, salía Celipe de la cueva, cortaba rastrojos, hacía gavillas con ramas de arbustos secos y con ellas al hombro, atravesaba las planicies pedregosas, cortaba las vertientes, salvaba los despeñaderos por atajos y veredas y hacía la pira, y encendía la hoguera en el picacho más alto, hiératico, con su cantil pavoroso, como una gran cortadura recta de las peñas; un peñasco monolítico, que, visto á distancia, envuelto en sombras, recortando su perfil en la oscuridad de la noche, torvo, mudo, en reposo, parecía, ora un monje en oración, ora un guerrero con

armadura de hierro y casco con rígido penacho, vigilante, en acecho.

La llama roja esparcía resplandores medrosos en los contornos de las rocas y en las oquedades de las grutas, que á cualquiera darían miedo en aquellas soledades de desierto, en el páramo mudo, sin voces de vida, pero que *Celipe* avivaba siempre, sin dejarla morir, porque creía que allá, en el pueblo, desde la puerta de su casa, Petri-lla estaría mirándola, y renovaba la leña, despavilaba las ascuas de los tizones para que la llama no se extinguiera, estuviese siempre viva, como un ojo cariñoso y vigilante, no sea que fuesen á creer que con la luz desvanecida había también dormidose el pensamiento suyo. Allí sentado, desde el picacho escudriñando en la sombra, por ver si alcanzaba á descubrir alguna luz lejana hacia donde caía el pueblo, como si quisiera conocerla, por un pensamiento del corazón; cuando la noche iba vencida, antes de retirarse, fatigado y con sueño de la velada en forzada vigilia, cuando no quedaba en las cenizas de los leños quemados más que

leves pavesas, Celipe cantaba su copla favorita:

Maldita mi desventura
que no me deja vivir;
me voy secando de pena
cuando estoy lejos de tí.

Y sentía el eco alargarse por los cerros, silencioso en los valles, resonando más fuerte al subir de nuevo á las cimas y correr á lo largo repitiendo cada vez más débil al distanciarse, pero cuando en ca la colina, como si diera fe de vida, y luego se apagase al alejarse, abajo, sobre el llano, separándose cada vez más, y por fin morir desfallecido, vago, á mitad del camino.

Casi todas las noches encendía *Celipe* la hoguera. Petrilla, desde su casucha, veía el resplandor siempre vivo de las llamas; mirábalo más que como un saludo amante, como un ojo avizor que espiaba. No parecía sino que *Celipe* encelaba. A esto le dió por achacar la mozueta el llamear siempre vigilante de la hoguera, la pobre hoguera encendida por cariño, que se enfriaba consu-

mida por tanto amor cuando llegaba el día. Y luego, pensaba que no había querido llevar el perro á la cumbre. Para qué? había dicho; mejor era que se quedase en casa para que la acompañase, porque cuidara desde los bardales, durante la noche, á la muchacha, sola, viéndose quizás, en las tinieblas desiertas de la mísera casucha. Y allí estaba, toda la noche, rezongando al menor ruido, bravo, echado en los mismos umbrales, atento á los rumores del campo y hasta al respirar de dentro, dispuesto á morir antes que á franquear la entrada. No cabía duda que *Celipe* lo había dejado por celos, sospechaba en su interior Petrilla, para que con sus ladridos avisara á las gentes, si alguien se aproximaba, y defendiera con sus dientes carniceros, despedazando, su honra, si la intentaran ultrajar. Sentía con estas cavilaciones, ella, ira y miedo.

Tan pronto *Celipe* marchó á las cumbres pastoreando las vacas, Pedro vió la ocasión de acercarse sin riesgos á Petrilla y conseguir el cumplimiento de tantas promesas

esquivadas. Ahora sí que no había de marrar el golpe. Por completo y con sigilo, dedicóse á buscarla, á proporcionarse un encuentro. Por fin lo halló. Resistióse la muchacha con temores: no era posible nada. Arriba estaba la luz vigilante; abajo el perro, ese guardián implacable.

—¡Tiene que ser!—dijo Pedro con tono de fiera amenaza. Iré aunque me despedacen y no tendré más remedio que forzar la puerta de tu casa. No te dejes; primero el escándalo.

Resistíase Petrilla, sin embargo: á la verdad ella quería á Pedro, fué suya, y de nuevo hubiera vuelto á entregársele, pero desconfiaba. ¿Dónde rennirse sin que nadie los viese? Ni por nada consentía que Pedro entrase en su casa de noche, y de día era imposible encontrarse en ningún paraje solitario. No había solución.—No *pueo*, ¡míreme que me pierde!

Petrilla resistíase tenazmente, no por pudores, sino por miedo á ser descubierta. Pedro escogió mil medios de entrevista, que eran rechazados por comprometedores;

la cita no era realizable. Tras tanto cavilar hallaron por fin un recurso, que la astucia de mujer podía utilizar, envolviéndose en la soledad de la noche y resguardándose en el sigilo. Petrilla aceptaba vencida. Así se vieron.

Mientras la hoguera en los picachos ardiese, no había temores de sorpresa; esa señal de que *Celipe* desde arriba vigilaba, pero á tanta distancia, no podía ver cómo era el burlar á su amor. Dentro de casa, encerrado, quedaba el perro; Petrilla, sin ruidos, descalza, salía por la huerta, desliziéndose por entre árboles furtivamente para no llevar la alarma al interior de la casa de los mayordomos, en las horas que estos dormían: y en la era sobre el barranco, al borde de éste, donde los bardales de pita impedían despeñarse hasta el fondo los revueltos montones de paja, los enormes haces de trigo sin trillar aún; en ese sitio, al término de la finca, á donde no podían llegar claros rumores, encontrábanse ahora todas las noches, á hurtadillas, con sobressaltos, secundando los viejos amores

brutales, el idilio carnal de los chicos que sobre el lecho, con vaho de sudor de la criada, desvelaba en años anteriores con *rumor de besos y batir de alas* la habitación de Petrilla en la casona solariega de don Miguel. El hambre desesperada al fin se saciaba. Ya iban por delante muchas entrevistas. Aún duraría algunos días la ausencia de *Celipe*, y era necesario aprovecharse.

A prima noche, desde oraciones hasta el toque de ánimas, Pedro bajo la ventana de Julia charlaba con ésta, cada vez arraigándose más y más en su corazón el querer por la niña que iba desechando poco á poco el baño de tristeza que envolvía su cara, la luz melancólica, de atardecer, que desmayaba antes en sus ojos neblinosos y azules. Sentía que se le redoblaba el amor, como si quisiese pagar de un golpe las penas de aquella alma de mujer, que, en silencio y queriéndole tanto siempre, le había estado esperando para consolarse, y que ahora, como un enfermo que ha sufrido mucho, lentamente convalecía, mimosa, sensitiva, volviendo poco á poco á la vida. Y después,

ya tarde, cuando el pueblo dormido se entregaba al reposo, huyendo sin ser visto, deslizándose en la sombra de las callejas oscuras, llegaba á la era donde escondida en los montones de paja, temblando y sedienta le aguardaba Petrilla.

Y á la misma hora, pensando en su mujer, entristecido con la ausencia, á veces con rebeldía de la voluntad que le empujaba quisquillosa á bajar al llano, y á llegarse á su casa para sorprender á Petrilla durmiendo tranquila en el lecho y al perro, fiero y bravo, guardando la puerta, *Celipe* casi todas las noches, desvelado, encendía la hoguera, que brillaba en las alturas, en medio de la oscuridad y de las sombras, mientras la luz roja de las llamas, iba apagándose, al enfriarse las cenizas y consumirse las leñas como un pensamiento que se duerme, al despuntar el alba, con las luces primeras del día.

X

No podía *Celipe* con la desazón de su alma. Después de casado, era la primera vez que se hallaba separado de Petrilla. Ahora sentía frío al tumbarse sobre la paja de la cueva para dormir, y muchas veces mientras el corazón añoraba el calor de sus quereres, viéndolos tan lejos, sus carnes temblaban con escalofríos de célibe, de solitario.

Ya llevaba largos días de ausencia. Y siempre royéndole la entraña aquel afán por volver á casa, corriéndole dentro aquel sudor de fatiga por ver de nuevo á su mujer. Ni una vez siquiera había subido ella á las cumbres para verlo. Quizás pensaba

que en el zurrón había llevado todo lo necesario, y que en las alturas sólo pedía borona para nutrir el vientre, cuando él no sentía hambres rabiosas que precisan hartarse, sino una sed, una penita, un mal sin nombre, que le andaba revolviendo en los escondrijos del corazón, por allí dentro, como un chico llorón que pide no se sabe qué cosas.

Cuantas veces podía, escapábase á los picachos, al más alto, desde donde se veía á lo lejos la silueta pintoresca de Vallealegre con sus alrededores verdes y las casitas blancas, para emborracharse de tristeza al mirar al llano. A veces parecía que le escaldaban los ojos de tanto mirar...

Era mucho ya. Tenía que ir á ver una noche á Petrilla, á hurtadillas, corriendo verdaderas abajo, infatigable, por entre los matorrales y las malezas de las montañas, y luego, antes que rompiese el día, para *cerrar* á las reses, regresar de nuevo sin que nadie descubriese la huida, y ya contento, en paz su corazón, aunque muriéndose de sueño, cerrándosele los ojos, no de modorra tal

vez, sino para mejor reproducir la visión de la entrevista pasada, cantar en las sierras como los demás boyeros, el clarear del día, cuando las vacas se despavilan echadas en el suelo y los perros se desperezan ladrando y los silbos de los pastores resuenan en el fondo de los valles y se pierden vagos, apagándose en las desiertas lejanías.

Pero era vencido el anhelo. Mañana, mañana iré—decía interiormente para consolarse.

Llegó un día, una noche en que no pudo resistir más.

Había encendido la hoguera y el calor de las llamas le mataba el frío de los huesos, pero no le caía dentro.

Y pensaba en el cuartucho, molesto de la soledad que le rodeaba, de la calma augusta de la noche, solemne en la sierra. Y atizaba el fuego, echando leña seca sobre los tizones llameantes, en vivaz chisporroteo, y las rojas lenguas de fuego, entre el humo negro ondulaban en la oscuridad agitados por el viento.

No pasaría de aquella noche sin bajar.

Animóse y echó á andar. Aprisa, á saltos, descendía por atajos que eran pasos nada más que de cabras montaraces, y esca'aba las laderas penosas, impaciente, avanzando siempre, dejando atrás los riscos abruptos, las altas montañas, las cañadas solitarias, los cauces de los barrancos secos, retostados.

Ya estaba cerca; ya alcanzaba ver blanqueando opacamente, á lo lejos, en el límite distante de las sombras, las casas del pueblo, sin luces, tenebroso, callado como muerto, que poco á poco, á medida que se acercaba, acelerando el andar, iban destacándose con líneas inciertas primero, luego con contornos precisos y relieves concretos. Había pasado las primeras casas, á la entrada del poblado dormido; al pasar, algunos perros se acercaban ladrándole á los bardales del camino y cada vez más redoblabá la marcha, animoso con el deseo de llegar pronto. Ya se encontraba en la vereda sobre el barranco que iba á morir junto á la era, cerca de su cuartucho; ya alcanzaba á ver á éste, en medio de los árboles de la

huerta con sus sucias paredes, las puertas cerradas, sin luz interior, como si allí nadie viviese y estuviese abandonado.

Para que no le oyeran en la mayordomía, dió un rodeo, pasó por el castañar cercano, ahogando el rumor de los pasos sobre la seca hojarasca, deslizóse entre los tunerales á la falda de la montaña del fondo, detrás de las tapias de las casas, y sofocando los ruidos, casi sin respirar, lleno de ansiedades, golpeándole con brutal latido el corazón en el pecho, como quien llega á la cuna donde duerme un niño, acercóse Célipe al patio, saltó el muro, bajó cautelosamente y golpeó la puerta, temblándole la mano.

Dentro resonó el ladrido del perro, desesperado, arañando embravecido las viejas maderas. Nadie contestaba. ¡Qué extraño! Era, sin duda, que Petrilla tendría miedo; no sabría quien era. Y la llamó con voz apagada, suavemente carifiosa para que la reconociera.

—¡Petrilla! ¡Petrilla! ¡soy yo!—Y nada, no respondían dentro. Dormía sin duda la muchacha con pesado sueño.

—*Alevantate*, mujer; ábreme, decía, alzando un poco la voz. Ahora ya no ladraba el perro, no embestía rabioso las maderas de la puerta; rozábalas aullando, como un prisionero retenido forzosamente por las rejas, cuando se escuchan las voces, llamando afuera, de los que le quieren.

Empujó la puerta con suavidad y cedió fácilmente. A tientas, moviéndose en la sombra del estrecho recinto, buscó el lecho, mientras el perro enredábasele entre las piernas lamiéndole cariñoso, pero las sábanas estaban frías, revueltas; la cama vacía. Desmayáronle al principio las piernas; por su cuerpo corrióle un sudor helado y en su alma sintió como un desfallecimiento angustioso que no le dejó ni aun gritar. Palpaba en la oscuridad las sábanas, por ver si aun conservaban el calor de las carnes de la mujer huida.

Mudo, desalentado, encendió la lámpara, y sintió una congoja subirle desde el pecho á los ojos con ansias de llorar, de golpear, de destruir, arrojando al suelo cuanto estorbaba á sus inquisitivas solicitudes, sollo-

zando después como un niño que se encuentra solo, en medio de la casa abandonada, al mirar vacía la cama donde durmiera su madre y en el hogar las cenizas apagadas.

Pero renacíanle de pronto las ferocidades de bestia arisca, y su rostro mormónico, con ceño adusto, transfigurado por la ira, expresaba la interior tormenta de celos que esperaban venganza, que deseaban sangre, que no se habían de saciar nunca, como en las cumbres los hambrientos perros carniceros, que de noche caían en medio de las majadas, descuartizando las descarriadas ovejas que se escapaban á la piedra del pastor. Ardía su cabeza en ideas negras, con visiones de cosas sangrientas y su mano, siempre segura, temblaba con estremecimiento desordenado, y los ojos, abiertos desmesuradamente en la sombra, olfateando en el campo y desierto el rastro de pisadas fugitivas, fosforecían revolviéndose en las cuencas dislocadas. Salló al patio, humeando, sin saber adónde ir. Gritar, llamar, era el pregón de la deshonra.

Allá, abajo, á la linde de las cercas, junto á la era, sobre el barranco, ladraba ahora el perro como llamando al amo, como si hubiera descubierto la presa. No cabía duda; allí había de estar Petrilla. A saltos locos, desordenado el andar y el traje, cortando la oscuridad con ojo avisor, corrió desolado *Celipe*, saltando bardales, con brincos de gato salvaje, tronchando ramas de plantas, desgajando las pitas de las lindes, al centro de la era, donde el perro seguía ladrando, ahora enfurecido, bravo, pero adonde á nadie alcanzaba á ver.

Por entre los tallos de los maizales alguien corría despavorido, sin miedo á levantar en la noche aquel rumor de los pasos de ladrón que huye.

Era un hombre, lo distinguía aunque no lo reconociera al perderse huyendo á lo lejos.

Rápido tiró de su cuchillo, cuya blanca hoja con brillo horrible centelleó, y con gran coraje, como si á tan gran distancia quisiera alcanzar al fugitivo y herirle brutalmente por la espalda, lo lanzó á lo largo, blandido con fuerza.

Temblando, con ojos de espanto, escondida entre las gavillas de paja de la era, callada y ahogando hasta la respiración, *Celípe* encontró a *Petrilla*.

No pudo decirle nada. Al verla, creyérase que le había enmudecido la voz, pero el brazo robusto del boyero, con desesperado arranque, levantóla por las ropas, desgarrándoselas; sacudióla breve instante, ciego, enloqueciéndola con los golpes, y cuando la voz de *Petra* intentó decir no sé qué cosas, tal vez implorar un perdón generoso, quizás prometer para siempre un amor infinito, llorando, trémula, desencajados los ojos, secos los labios, mientras alargaba sus brazos, no para defenderse, sino para abrazar al parecer, las manzanas del gayán apretaban á la garganta de la muchacha, que se convulsionaba con estertor de asfixia, lívida, desmayando la cabeza, en parpadeo de agonía los ojos, sin poder hablar, sin permitirle un último beso, el más puro, el que todavía le quedaba más intenso de los amores de la vida. En medio de la lucha, como si desde la propia

entraña un nuevo ser le inspirara el grito de suprema súplica, Petrilla, con voz vigorosa aún, pudo decir:

—¡Por tu hijo! Y el cuerpo exánime de la muchacha desplomóse en tierra, cuando los brazos de Felipe se abrieron en cruz, en una actitud de desesperado, y rodaba destrozándose las ropas al resbalar por las peñas, al enredarse en las pitas de los bordes, rebotando después el cuerpo, abajo, sobre las piedras del barranco, con sonar escalofriante. Allí quedaba para que las aguas lavaran la sangre, y ¡ay! si era posible las manchas de dentro, fregoteando la conciencia.

—¡Por tu hijo!... Ese grito parecía todavía sonar en sus oídos, enloqueciendo al muchacho. ¿Era verdad? ¡Tardía revelación para un amor con desesperaciones que tal vez hubiese perdonado! Allá, abajo, estaba todo roto, destrozado, muerto á sus propias manos. Espantado de la obra, al mirar que de entre sus brazos había desaparecido, despenándose abajo, todo lo que quería, miró, al huir otra vez en silencio, sonambulero, inconsciente, la casa á oscuras,

con la puerta de par en par abierta, como un nicho de cementerio esperando un muerto; pensó entrar allí, refugiarse hasta que le sorprendieran llorando y convicto cuando llegase el nuevo día y por el pueblo corriese el aviso de la sangrienta catástrofe; pero renunció á ello y determinó escapar por las tapias de las cercas sin denunciar el paso, internándose en los castañares para regresar á las cumbres. Más aprisa que cuando vino, caminaba ahora, volviendo á cada instante la vista atrás sobresaltado, por las veredas intrincadas de las abruptas montañas, antes de que el alba despuntara, mirando siempre arriba, en el más alto picacho, las cenizas de la hoguera todavía viva, llameante, que había encendido un amor, un amor que acababa de morir para siempre, menos firme que la llama, que aún no se había extinguido.

Detrás de *Celipe* caminaba cautelosamente el perro, mohino, aullando lastimero de cuando en cuando, como si en aquella noche se le hubiera al pobre animal desgarrado el corazón.

Así, caminando presurosamente, llegaron á las cumbres, antes de que alboreasen las primeras luces del día cercano.

Por la mañana revolvíase en comentarios el poblacho hasta la espantosa noticia de haberse hallado el cadáver de Petrilla, en el fondo del barranco.

Tenía magullada la cara; destrozadas las ropas, de los golpes, sobre los peñascales crizados de las márgenes.

Fué un descuido, una desgracia, aseguraba la mayoría de la gente. A la ciudad llevarían á la muerte por orden de la *Justicia*. En la mayordomía no sintieron ruido durante la noche y todo el mundo compadecía al pobre Felipe ignorante de la catástrofe, allá en la cumbre, sin saber nada de la horrible desgracia, él, que tanto quería á su Petrilla.

No pudo dormir Pedro el resto de la noche. Por la mañana despabiláronle en casa con los comentarios del trágico suceso de la noche y procuró dominar cualquier gesto de espanto que hiciera traslucir á la gente, que había actuado en la catástrofe. A la

hora de costumbre, estaba ya, al anochecer, hablando con Julia.

Llevaba largo tiempo de charla: parecían tristes ambos, con ignorada tristeza. La niña parecía hundirse de nuevo en el pasado y preguntaba:

—¿No has tenido novia? ¿No has querido á ninguna otra mujer?

Pedro no pudo contestar. Venía por el camino, abajo, ascendiendo desde el barranco, un cortejo fúnebre, con sus hachas encendidas, ébrios y riñendo los cargadores, llevando sobre los hombros, zangoloteando en alto unas angarillas de ramas de castaños, torpemente sujetas con mimbres retorcidos, y en ellas un cadáver, descansando la cabeza sobre un montón de yerbajos, algunos con florecillas silvestres, doblándose sobre las sienes de la muerta, como orla de martirio. Era el cadáver de Petrilla, sujeto con cordeles á los maderos, caídos y colgantes los brazos, como si fuese una crucificada. A la luz de las hachas Pedro descubrió desde arriba la cara pálida, espantosamente herida de los golpes en las

peñas, de la pobre muchacha; y los ojos de la muerta parecíanle que miraban, borrosos é inertes á lo alto, mientras que la mano caída, agitándose en los vaivenes de las angarillas mecidas por los tropiezos de los cargadores ébrios, que la llevaban á la ciudad, pareciale también que se despedía de cuanto había amado con tan trágico amor.

Nada habló Pedro: medroso, con angustia dentro, vió desfilár el grotesco cortejo, y perderse en las callejuelas del pueblo.

Julia volvió á preguntarle de nuevo:

—¿No has querido á otra mujer?

—No; te lo juro: no he querido á nadie.

FIN

COLECCIÓN DIAMANTE

TOMOS PUBLICADOS

1. *B. de Campoamor*. Dolores, 1.^a serie.
2. Dolores, 2.^a serie.
3. Humoradas y cantares.
4. Pequeños poemas, 1.^a serie.
5. Pequeños poemas, 2.^a serie.
6. Pequeños poemas, 3.^a serie.
7. Colón, poema.
8. Drama Universal, poema, primer tomo.
9. Drama Universal, poema, segundo tomo.
10. El Licenciado Torralba.
11. Poesías y Fábulas, 1.^a serie.
12. Poesías y Fábulas, 2.^a serie.
13. *E. Pérez Escrich*. *Fortuna*.
14. *A. Lasso de la Vega*. Rayos de lus.
15. *Federico Urrecha*. Siguiendo al muerto.
16. *A. Pérez Noya*. Los humildes.
17. *Salvador Rueda*. El gusano de lus.
18. *Sinesio Delgado*. Lluvia menuda.
19. *Carlos Frontaura*. Gente de Madrid.
20. *Miguel Melgosa*. Un viaje á los infiernos.
21. *A. Sánchez Pérez*. Botones de muestra.
22. *J. M. Mañen*. ¡Bataplán!
23. *Teodoro Guerrero*. Gritos del alma.
24. *Tomás Luceño*. Romances y otros excesos.
25. *L. Ruiz Contreras*. Palabras y plumas.
26. *Ricardo Sepúlveda*. Sol y Sombra.
27. *J. López Silva*. Migajas.
28. *F. Pi y Margall*. Trabajos sueltos.
29. *E. Pardo Basán*. Arco iris, cuentos.
30. *E. Rodríguez Solís*. La mujer, el hombre y el amor.
31. *M. Mateos (Corruelo)*. ¡Aleluyas finas!
32. *E. Pardo Basán*. Por la España pintoresca (viajes).
33. } *A. Flores*. Doce españoles de brocha gorda.
34. }
35. *José Estremere*. Fábulas.
36. *Emilia Pardo Basán*. Novelas cortas.
37. *E. Fernández Vaamonde*. Cuentos amorosos.
38. *E. Pardo Basán*. Hombres y mujeres de antaño.
39. *J. de Burgos*. Cuentos, cantares y chascarrillos.
40. *E. Pardo Basán*. Vida contemporánea.

41. } *Jacinto Laballa*. Novelas íntimas.
42. } *Fr.ª Sarasate de Mena*. Cuentos vascocongados.
44. *F. Pi y Margall*. Diálogos y Artículos.
45. *Charles de Bernard*. La casa de los amantes.
46. *Eugenio Sud*. La Condesa de Lagarde.
47. *Rafael Altamira*. Novelitas y cuentos.
48. *J. López Valdemoro*. La niña Araceli.
49. *Rodrigo Soriano*. Por esos mundos...
50. *Luis Taboada*. Perfiles cómicos.
51. *H. Pérez Galdós*. La casa de Shakespeare.
52. *J. Ortega Munilla*. Fina.
53. *F. Salazar*. Algo de todo.
54. *Mariano de Obaria*. Cuentos en guerrilla.
55. *Felipe Pérez y González*. Peccata minuta.
56. *Francisco Alcántara*. Córdoba.
57. *Joaquín Dicenta*. Cosas mías.
58. *J. López Silva*. De rompe y rasga.
59. *Antonio Zozaya*. Instantáneas.
60. *José Zahonero*. Cuentecillos al aire.
61. *Luis Taboada*. Colección de tipos.
62. *Beaumarçais*. El Barbero de Sevilla.
63. *Angel R. Chaves*. Cuentos de varias épocas.
64. *Alfonso Karr*. Buscar tres pies al gato.
65. *Francisco Pi y Arsuaga*. El Cid Campeador.
66. *Vital Aza*. Pamplinas.
67. *Antonio Pcha y Gofi*. Río revuelto.
68. *Enrique Gómez Carrillo*. Tristes idilios.
69. *Nicolás Estébanes*. Calandracas.
70. *V. Blasco Ibañez*. A la sombra de la higuera.
71. *A. Dumas, hijo*. La Dama de las Camelias.
72. *Joaquín M. Bartrina*. Versos y prosa.
73. *Francisco Barado*. En la brecha.
74. *Luis Taboada*. Notas alegres.
75. *Xavier de Montepin*. La señorita Tormenta.
76. *Antonio Zozaya*. De carne y hueso.
77. *Xavier de Montepin*. Muerto de amor.
78. *Conde León Tolstói*. Venid á mí.....
79. *Alfredo Calderón*. A punta de pluma.
80. *Enrique Murger*. Elena.
81. *Luis Taboada*. Siga la broma.
82. *Laura García de Giner*. La Samaritana.
83. *Cyrano de Bergerac*. Viaje á la luna.
84. *Eugenio Antonio Flores*. ¡Huérfana!
85. *Ivna Tourguenoff*. Hamlet y Don Quijote.
86. *Alcía Pestana (Cafel)*. Cuentos.
87. *Angel Guerra*. Al sol.

2 reales tomo

Handwritten marks

